

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

1º DE JUNIO DE 1893

Nº 35

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES.—NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

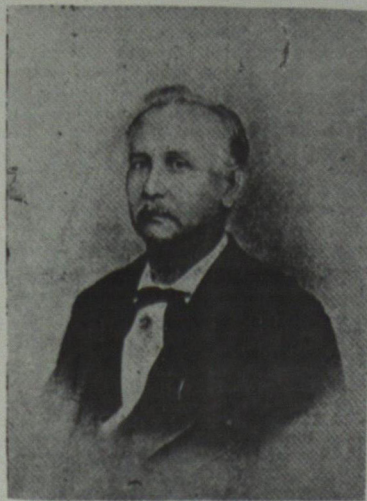
SUMARIO

TEXTO.—El señor doctor Nicanor Guardia, por el doctor José G. Hernández.—H. Taine, por la Dirección.—D. Antonio Herrera Toro, por Julio Calcaño.—Monte-Pío y á Un cerdo, poesías, por A. Herrera Toro.—La octava de Corpus de San Juan, por Gonzalo Picón Febres.—El pavo danzante, fábula de F. de Sales Pérez.—A una artista lírica, poesía de D. Diego Jugo Ramírez.—

NUESTROS GRABADOS.—Sicut vita, por Emilio Calcaño.—Los dos ancianos, por el conde León Tolstoy.—Revista de la Quincena, por E. Méndez y Mendoza.—El pescador de Islandia.

GRABADOS.—Doctor Nicanor Guardia, de fotografía.—H. Taine.—A. Herrera Toro, de fotografía.—VENEZUELA: Pueblo Campo Alegre en las minas de Aroa y Pueblo Nuevo en Aroa, de foto-

grafías.—Sancho Panza, dibujo de Arturo Michelena.—VENEZUELA: La Guaira, calle del Comercio; calle real de Maiquetía.—Panadería de François Clouché, de fotografías.—El sueño de la Inocencia—CARACAS: Los Hijos de Dios, de fotografía.—Plaza y templo de Las Mercedes en Calabozo, de fotografía.



EL SR. DR. NICANOR GUARDIA

Los tiempos modernos presentan entre nosotros el fenómeno singular de que el desenvolvimiento material que se presenta en toda la nación, no va acompañado del movimiento intelectual correspondiente; obsérvese por el contrario que cada día disminuye el número de los que en otro tiempo formaron una brillante pléyade que ilustró la República, y la puso á la altura de los países más aventajados en materias científicas.

Así se nota en la naturaleza, que después de una cosecha rica en frutos que embellecen los campos y repletan los graneros, se presenta otra, que siendo ya menguada de por sí, parece serlo todavía más, si se la compara con la que le precedió.

Mas en esos mismos instantes en que parece que los vegetales reparan la fuerzas agotadas por una fructificación ópima, en esas épocas de decadencia vital, suele presentarse uno que otro fruto que reúne en sí y magnifica todas las cualidades eximias que hicieron afamada entre todas á su especie, el cual viene á alegrar á los cultivadores, porque su presencia encierra una promesa halagadora para el porvenir.

Las épocas pasadas hicieron creer que nuestra raza tenía el privilegio de llevar radicadas en ella potencias intelectuales superiores á las que existían en las demás; luego vino una triste realidad á desvanecer tan lisongeras ilusiones, si bien se encuentran todavía algunos espíritus levantados que poseen en grado sumo todas las grandes dotes de aquellos que en tiempos venturosos dieron lustre y renombre á su país.

Uno de estos varones esclarecidos de nuestra época, es el señor Dr. Nicanor Guardia: in-

teligencia ámplia y vigorosa, que ha cultivado uno de los ramos más difíciles de los conocimientos humanos, la medicina, y que ha llegado á ocupar un puesto culminante entre los hombres científicos de nuestra patria.

Lleno de un amor apasionado por su ciencia, sigue paso á paso el movimiento casi vertiginoso que ella presenta en la actualidad, experimentando un verdadero entusiasmo cada vez que viene á descubrirse un nuevo secreto de la naturaleza, y presentándose por lo tanto, siempre al corriente de los adelantos científicos. Dotado además por la naturaleza de una lógica irresistible, marcha sin vacilar por la senda que debe conducirlo á la verdad, el único ideal que lo deslumbra y atrae.

En la ciencia difícil del diagnóstico, en la habilidad para descubrir y llenar la indicación terapéutica, en una palabra, en la parte clínica de la medicina, es en donde brilla su inteligencia con más esplendor. Es increíble con cuanto vigor realiza diariamente esa lucha incesante contra la enfermedad, que á las veces llega á convertirse en una lucha homérica contra la muerte. Y parece imposible pintar esa rara energía que le hace resistir en donde los demás flaquean, asumiendo tremendas responsabilidades en casos desesperados, y teniendo entonces arranques de inspiración que le levantan y colocan en una altura inaccesible á los demás mortales.

Poseedor de una elocuencia natural, unida á un criterio nada común, agrupó en torno de su cátedra universitaria un auditorio entusiasta que corría á recoger ávidamente los preceptos científicos, los cuales adquirían con solo salir de sus labios una autoridad incontestable. La Madre Universidad, que nunca ha podido consolarse de su ausencia, le tiene orgullosa en el cuadro de sus Profesores honorarios.

Muy raras son en efecto las dotes intelectuales de tal magnitud, y por lo mismo muy valiosas; pero más raras y valiosas son las cualidades morales, que rodean al hombre de una simpática aureola, y le dan un prestigio tan grande como merecido.

El señor Dr. Guardia la posee todas: la bondad natural que compadece los sufrimientos ajenos; la generosidad que ennoblece el espíritu y le proporciona mil goces inefables; la santa caridad que llena el alma de los más excelsos sentimientos, y genera las acciones grandiosas que inmortalizan al hombre. Y practica la amistad de una manera tan perfecta, que los elegidos sienten por él un amor profundo y un respeto ilimitado. Oh! como corre la pluma fácil y ligera al escribir las palabras que nos dicta el corazón!....

Tiene por compañera de su existencia un ángel que le endulza las penas inherentes á su profesión, y vive tranquilamente gozando de la veneración que le profesa toda su familia, y en medio de la consideración universal. ¡Quiera el Cielo conservarle á Venezuela por largos años un ciudadano tan distinguido como médico eminente!

JOSÉ G. HERNÁNDEZ.
M. D.



H. T A I N E

Con la muerte de este grande hombre sufren las Ciencias y las Artes pérdida incalculable; y Francia, madre del ingenio muerto, agrega á la lista de los que siempre ha de llorar, el nombre de quien dió luz á su suelo y supo decir la siempre verdad.

Vida honorabilísima la de T A I N E, que redujo su existencia á almacenar sin tregua en su cerebro todas las ideas y datos que en la secular elaboración de los siglos ha producido el humano pensamiento. Enciclopedista, mereció T A I N E del mundo científico el sublime apodo de *Biblioteca humana*; y como hombre de impulsos rectos y generosos, le fué por todos acordado el título de prototipo social, pues todas sus acciones, así públicas como privadas, no llevaron nunca en sí el más leve asomo de doblez ni perversión.

Sus obras, cuya lectura y estudio son familiares á la nueva generación venezolana, merecieron desde su aparición ser consagradas como clásicas; llevan todas el sello de la perdurabilidad, siendo T A I N E uno de los pocos genios que presenciaron su propia apoteosis, traducida en la admiración y aplauso que *urbi et orbe* concede á la gloria el mundo.

Larga, muy larga es la lista de sus obras, descollando entre ellas, á nuestro humilde juicio, su *Historia de la Literatura Inglesa* y sus *Orígenes de la Francia Contemporánea*. Aquella es un perfecto tratado de filosofía literaria, ésta, incomparable libro de política positiva.

Mucho podría decirse acerca de T A I N E y sus trabajos, pero más cuerdo y mejor será que le juzguen los lectores que no le conocen, por los extractos que de sus producciones publicamos á continuación, y una corta biografía que va en seguida.

TAINE EN LA VIDA PRIVADA

Reférese que un periodista, fué un día á visitar al autor del "*Antiguo Régimen*" á fin de conocer y publicar algo sobre su vida privada. Con su voz dulce y habitual cortesía, M. Taine se limitó á decirle: "Me levanto á las cinco de la mañana, me pongo mis pantuflas, el papel de mi cuarto está lleno de florecillas, mi buró se halla cubierto de libros. . . Tengo el gusto de saludar á usted." Esta anécdota pone al relieve uno de los rasgos característicos de la vida del grande escritor. Nadie tuvo más horror que él al ruido del elogio retumbante.

Muy niño, Taine se mostró reflexivo y estudioso. Uno de sus tíos, que había estado en América, le enseñó el inglés, y su padre, sorprendido de su rara inteligencia y aficionado él mismo á las letras, le envió á París, al colegio Borbón, donde hizo brillantes estudios. A los veinte años, en 1848, fué el primero admitido en la Escuela normal superior, en la famosa promoción en que se hallaban About, Weiss, Albert, Assolant, Merlet y Francisco Sarcey. El año anterior había obtenido el premio de honor en la clase de Retórica.

Uno de sus amigos, al escribir sus recuerdos de aquel tiempo, dice: "Taine se interesaba en todo y con todo se ocupaba, á veces con pasión, siempre con una obstinación reflexiva. Trabajaba para obtener la clase de Filosofía; pero al mismo tiempo cultivaba las Matemáticas, la Física, las Ciencias Naturales, la Historia, las lenguas vivas, que llegó á poseer profundamente, la Música y el Dibujo. A la verdad, yo no sé lo que ignoraba: era una enciclopedia viviente, y lo que había de más maravilloso en él era que este conjunto prodigioso de conocimientos que continuamente metía en el horno de su espíritu, siempre abierto, se organizaba allí sin trabajo, se colocaba en un orden tan metódico que al primer llamamiento de la memoria, cada uno salía de su casilla y se extendía ya sobre el papel, ó en la conversación. Nosotros estábamos deslumbrados con semejante universalidad, y una de las frases familiares de About cuando teníamos necesidad de algún informe, era: "Vamos á hojear la gran enciclopedia." La gran enciclopedia, distraída de su trabajo, nos sonreía dulcemente, y con un gesto familiar, afianzando sus anteojos sobre la nariz, se ponía á tratar el punto sobre el cual íbamos á consultarle.

Cuando en 1862 quedó vacante el puesto de profesor de literatura en la escuela politécnica, la princesa Matilde y el príncipe Napoleón, que trabajaban por atraer los adversarios del Imperio y que conocían á Taine, trataron esforzadamente de hacerle nombrar; pero á pesar de sus esfuerzos no lo lograron, y el profesorado se concedió á M. de Lemoine, á quien Taine había de reemplazar más tarde en la Academia. En 1864, el autor de la *Historia de la Literatura Inglesa* era nombrado profesor de estética en la "Escuela de Bellas Artes."

En junio de 1868 casó Taine con la hija de un arquitecto y decorador renombrado, del cual matrimonio tuvo dos hijos, hembra y varón.

Grande amigo del sosiego y sin gusto alguno por la sociedad, gustaba mucho de la vida íntima de la familia y era adorado de los suyos. En su gran habitación de la calle Casette, donde vivían desde hacía muchos años, Taine y su esposa recibían á comer todos los lunes algunos amigos íntimos, entre los cuales citaremos á los señores Berthelot, Boutmy, Gastón Paris, E. Renan, Vogüé y J. M. de Heredia.

Amaba vivamente la naturaleza y pasaba gran parte del año en Saboya. Allí, bajo los viejos nogales de la abadía de Talloires, se reunían él y el célebre autor de la *Vida de Jesús*; y fué allí donde discutieron por la primera vez en su vida, Renan defendiendo á su querido Lamar-tine, Taine á su poeta preferido, Musset.

M. Taine no quiso jamás mezclarse en la política. Tenía miedo de las multitudes. En 1870, después de la revolución de setiembre y sobre todo cuando París vió surgir la Comuna, él no tuvo sino un solo pensamiento: la conservación social, y fué bajo el dominio de esta idea como escribió su folleto contra el sufragio universal, y, más tarde, su grande obra *Los orígenes de la Francia contemporánea*.

Los primeros capítulos de la *Reorganización de Francia en 1800*, en los que el Primer Cónsul no salía muy bien librado, le valieron una retumbante contestación del príncipe Napoleón. Y la princesa Matilde con quien llevaba muy cordial amistad, manifestándose indignada y queriendo romper toda relación con el autor de lo que ella llamaba odioso libelo, mandó á Taine una tarjeta con las tradicionales siglas de despedida: P. P. C. El insigne escritor se conmo-

vió vivamente y hubo de decirselo á Renan, quien con su ligera sonrisa le contestó: "Tranquilízate. Mis libros me han malquistado con una dama aún más elevada: la Iglesia."

Taine ha muerto consumido por el trabajo, por los esfuerzos del cerebro que siempre tuvo en ejercicio, pero ha muerto con la tranquila serenidad de un sabio. Las palabras de M. de Vogüé, por venir de un católico, merecen ser consignadas aquí: "Acabo de arrodillarme, dice, ante el lecho mortuario de un santo. Si las palabras, en sus empleos transitorios, guardan un sentido íntimo y duradero; si el más hermoso título que inventaron los hombres, se justifica principalmente por la abnegación á las cosas terrestres, por la consagración de toda una vida á las verdades eternas y á la práctica del bien, nadie ha merecido más que él este título de santo."

TAINE COMO HISTORIADOR

EL EGOISMO DE NAPOLEÓN

Otros jefes de Estado han empleado su vida en violentar á los hombres; mas ello era con el propósito de una obra viable y con un interés nacional. Lo que ellos llamaban el bien público no era un fantasma de su cerebro, un poema quimérico fabricado dentro de sí por los esfuerzos de su imaginación, por sus pasiones personales, por su propia ambición y orgullo. Fuera de sí y de su fantasía, existía para ellos una cosa real, sólida y de importancia superior, esto es, el Estado, el cuerpo social, el vasto organismo que dura indefinidamente por la serie continua de las generaciones solidarias. Cuando ellos sangraban la generación presente, era en provecho de las generaciones futuras, para preservarlas de la guerra civil ó de la dominación extranjera. Generalmente obraban como buenos cirujanos, si no por virtud, al menos por sentimiento dinástico y por tradición de familia, habiendo adquirido la conciencia profesional por sucesión de padres á hijos, y proponiéndose por primero y último fin el restablecimiento y la salud del paciente. Hé ahí por qué no prodigaban las operaciones desmedidas, sangrientas y demasiado peligrosas: rara vez se dejaban tentar por el deseo de exponer su habilidad, por la necesidad de asombrar y deslumbrar al público, por la novedad, el corte, la eficacia de sus bisturises y de sus sierras. Ellos sentían el peso de una vida más larga y más grande que la suya propia; veían más allá de sí mismos, tan lejos como el alcance de su vista se lo permitía y cuidaban de que el Estado, después de ellos, pudiese de ellos prescindir, subsistir intacto, vivir independiente, robusto y respetado á través de las vicisitudes del conflicto europeo y de los indeterminados sucesos de la historia futura. Fué esto lo que bajo el antiguo régimen se denominó la *razón de Estado*: durante ocho siglos ella había prevalecido en el consejo de los príncipes; después de inevitables desfallecimientos y de desviaciones temporales, ella tornaba á ser y seguía siendo la razón preponderante.

Ella excusaba, valga la verdad, ó autorizaba no pocas faltas de fe, no pocos atentados, y, digámoslo claramente, no pocos crímenes; más en el orden político y sobre todo en el manejo de los negocios extranjeros, indicaba el principio directivo, y este principio era saludable. Bajo su ascendiente continuo, treinta soberanos habían trabajado; y he ahí como, sólidamente, á perpetuidad, por manejos no permitidos á particulares pero sí á los hombres de Estado, ellos habían, provincia á provincia, construido la Francia.

Ahora, bien, en su sucesor improvisado este principio falta; sobre el trono como en los campamentos, general, cónsul ó emperador, sigue siendo empleado de la fortuna y no piensa sino en su propio medro. Debido á un enorme vacío de educación, de corazón y de conciencia, en vez de subordinar su persona al Estado, subordina el Estado á su persona; fuera de su corta vida física, sus ojos no se fijan en la nación que habrá de sobrevivirle, por tanto, sacrifica lo por venir á lo presente, y su obra no pudo ser duradera. Después de él, el diluvio: poco le importa que estas terribles palabras sean pronunciadas; aún peor, él desea que en el fondo del corazón, ansiosamente, cada uno las pronuncie.

Y en efecto, empuja á Francia hacia el abismo, por fuerza y engañándola, sabiendo que la engaña, por un abuso de confianza que va creciendo á medida que, por su voluntad y por su falta, de año en año, se hace mayor el desacuerdo entre el interés público y sus propios intereses, tales como él los comprende.

En el tratado de Lunéville y antes de la ruptura de la paz de Amiens, este desacuerdo se deja

traslucir; en el tratado de Presburgo, se hace evidente, y más manifiesto aún en el tratado de Tilsitt; en 1808, después del desposamiento de los Borbones de España, tal desacuerdo es flagrante; en 1812, cuando la guerra de Rusia, se hace escandaloso y monstruoso. Napoleón mismo reconoce que esta guerra de Rusia va contra los intereses de Francia, y sin embargo la hace. Más tarde, en Santa Elena, él se entenece-rá, con palabras, "por este pueblo francés que tanto ha amado." La verdad es que él le ama como ama el caballero su caballo: cuando lo adiestra, cuando lo adorna y engalana, cuando lo lisonjea, lo excita y acaricia, no es para proporcionarle un placer sino para utilizarlo como animal útil que es, para emplearlo hasta agotar sus fuerzas, para impelerlo hacia adelante á través de fosos progresivamente más grandes, por cima de barreras cada vez más altas: todavía este foso, todavía aquella barrera; después de un obstáculo que parece el último, vendrán otros y otros, y en todos estos casos el caballo continuará siendo forzosa y perpetuamente lo que antes era, esto es, una montura, y una montura estropeada. Porque, imaginad en esta expedición á Rusia, en vez de un desastre espantoso, un suceso brillante, extraordinario, una victoria en Smolensk igual á la de Friedland, un tratado en Moscú mas ventajoso aún que el de Tilsitt, al zar sometido, y deducid las consecuencias: probablemente el zar estrangulado ó destronado, una insurrección patriótica en Rusia como en España, dos guerras permanentes en los dos extremos del continente contra el fanatismo religioso, más irreconciliable que los intereses positivos, y contra la barbarie dispersa, más indomable que la civilización unitaria; á muy bien salir, un imperio europeo sordamente minado por una resistencia europea, una Francia exterior sobrepuesta por la fuerza al continente soguzgado, ministros residentes y comandantes franceses en San Petesburgo y Riga como en Dantzig, Hamburgo, Amsterdam, Barcelona y Trieste; todos los franceses válidos empleados, de Cádiz á Moscú, para mantener y administrar la conquista; todos los adolescentes hábiles llamados cada año para el alistamiento, toda la población de hombres aplicadas á obras forzadas, ninguna otra perspectiva para un hombre inculto ó educado, ninguna otra carrera militar ó civil que una facción prolongada, amenazada y amenazante, ya como soldado, aduanero ó gendarme, ya como prefecto, subprefecto ó comisario de policía, esto es, especie de esbirro ó tiranuelo subalterno para contener motines y levantar contribuciones, para confiscar y quemar las mercaderías, para aprehender á los defraudadores y hacer marchar á los rebeldes.

Lo que los pobres galos, entusiastas y crédulos, han ganado confiándole por dos veces la cosa pública, es una doble invasión; lo que él les deja por premio de la abnegación que concedieron, después de aquella prodigiosa efusión de su sangre y de la sangre de los demás, es una Francia amputada de los quince departamentos adquiridos por la República, privada de la Saboya, de la ribera izquierda, del Rin y de la Bélgica, despojada del gran ángulo del Nordeste que la completaba, fortificaba su puesto más vulnerable, y, según la frase de Vauban, "la redondeaba," separada de los cuatro millones de nuevos franceses que ella se había casi asimilado con veinte años de vida común, y, lo que todavía es peor, encerrada más acá de las fronteras de 1780, ella sola la más pequeña en medio de sus vecinas todas agrandadas, sospechosa á la Europa, rodeada permanentemente por un círculo amenazador de desconfianzas y rencores.

Tal es la obra política de Napoleón, obra del egoísmo servido por el mérito.

ALGUNOS PENSAMIENTOS

TOMADOS DE LAS OBRAS DE TAINÉ

Arte estético.—Así, como hay una temperatura física que determina por sus variaciones la aparición de tal ó cual especie de plantas, así hay una temperatura moral que, por sus variaciones, determina la aparición de tal ó cual especie de arte. Y, así como se estudia la temperatura física para comprender la aparición de esta ó aquella especie de plantas, el maíz ó la avena, el aloe ó el pino, así debemos estudiar la temperatura moral para comprender la aparición de una clase de arte, la escultura pagana ó la pintura realista, la arquitectura mística ó la literatura clásica, la música voluptuosa ó la poesía idealista. Las producciones del espíritu humano, lo mismo que las de la naturaleza física, no se explican sino por el medio.



Maracaibo — Venezuela. — CASA DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD. — Isla La Providencia

Nuestra estética es moderna y difiere de la antigua en que es histórica y no dogmática, esto es, en que ella no impone preceptos sino que hace constar la existencia de las leyes. La antigua estética daba en primer término la definición de lo bello y decía, por ejemplo, que lo bello es la expresión del ideal moral, ó bien, que lo bello es la expresión de lo invisible, ó que lo bello es la expresión de las pasiones humanas; luego, partiendo de estas definiciones como de un artículo del código, absolvía, condenaba, amonestaba y aconsejaba. . . . El método moderno que trato yo de seguir consiste en considerar las obras humanas, y en particular las obras de arte, como hechos y productos cuyos caracteres es necesario observar y buscar sus causas: más nada.

La conversación. Hagamos, si gustáis, una pequeña estadística: de las cincuenta personas que tenéis delante, en un salón, ¿cuántas habrá cuya conversación sea entretenida é interesante?

Veinte y cinco son personas decentes, simples organillos de frases. Nada más raro en la naturaleza que la originalidad, y la educación la disminuye; las reglas del decoro aprisionan el alma y el entendimiento; no se atreve uno á moverse, y tiene un miedo de ser franco por temor de comprometerse. Repítese durante quince días consecutivos la idea de moda, y después, durante otros quince, la idea subsiguiente. Hay dos frases tan solo que se pueden aventurar sobre *La Africana*, dos sobre el discurso de M. Thiers, dos sobre Méjico, dos sobre la Academia, dos sobre toda cosa humana; según el personaje diréis una ú otra, á veces una anécdota, pero una opinión sincera y personal, eso jamás. La impresión propia falta; los ojos han visto, han oído los oídos, la

memoria ha retenido, las reglas sociales dictan, la boca pronuncia; he ahí todo.

Ello es aún más notable en las mujeres que en los hombres.

Habéis entrado por un vestíbulo, adornado con flores y arbutos, donde entre las blancuras del mármol y los rosetones mates de los tapices muestran las mujeres sus desnudas espaldas, sus cabellos sembrados de brillantes, arrastrando sus amplios trajes de lustroso moaré, perfumadas, orgullosas, lucíendose en todas partes, como pavos reales multicolores ó pájaros matizados de los trópicos. Os fijáis en dos ó tres que después de haberse paseado un rato, terminan por juntarse formando un ramillete. La una rozagante, con traje blanco labrado, de inclinado talle, semeja una veneciana del Renacimiento, por cima de aquella divina suavidad del terciopelo, se percibe una nuca arqueada, nacarada, y, sobre las rubias franjas de los opulentos cabellos, una cinta flotante de encajes. La segunda, alta, esbelta como una Diana, llega envuelta en los largos pliegues de su violado vestido; el corpiño adornado con bordados de plata hace concebir la vaga idea de un húsar heroico; camina con paso rápido y el traje arrastrado cruje como la estola de una diosa, mientras que las blancas pederías formando ramos en la cabeza producen los centelleos de una espada. La última, lánguida, delgada, la nariz perfilada, los labios temblorosos, los ojos pálidos, sin brillo y los cabellos enmarañados bajo sus diamantes, parece exhalar de toda su persona resplandores de relámpagos y centellas; sentada ó parada, ella no toca la tierra; el ardor interior, los indomables ímpetus y movimientos de la vida nerviosa hacen temblar á cada instante la figura de hielo. Alrededor de este cuello delgado brilla un collar de

diamantes, como círculo de ojos vivos, como los pálidos y lucientes ojillos de un círculo de serpientes mágicas. Vedlas, están conversando y parecen arrobadas con su conversación, cuánto no daríamos por oírlas? Acércase uno y se impone de que están discutiendo sobre los mangos de sombrillas: á la una le gustan más de ébano, á la otra le gustan más de nácar.

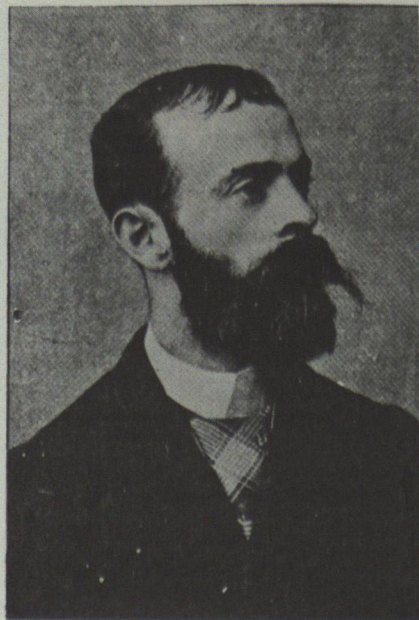
Mujer. Dar á una mujer razonamiento, ideas, ingenio, es poner un cuchillo en manos de un niño.

Hombre. Puede considerarse al hombre como un animal de especie superior, que produce filosofías y poemas poco más ó menos lo mismo que los gusanos de seda fabrican sus capullos y las abejas sus colmenas.

Matrimonio.—La mujer se casa para entrar al mundo; el hombre, para salir de él.

Filosofía.—Cuando aparece una filosofía nueva, su primer cuidado es enterrar la filosofía anterior.

Política.—Diez millones de ignorantes no constituyen el saber. El pueblo consultado, puede, en rigor, decir la forma de gobierno que más le gusta, pero nó la que más necesita; sólo la práctica podrá enseñárselo.



D. ANTONIO HERRERA TORO

Quiérese que mi humilde pluma escriba las líneas que en este periódico han de acompañar el retrato de nuestro insigne pintor D. Antonio Herrera Toro; y aunque considero tal imposición como un capricho singular, una vez que para juzgar á un artista, no puedo valerme sino de conocimientos estéticos y de la intuición del sentimiento, ríndome al mandato de la amistad, tanto porque admiro el talento y saber del pintor, cuanto porque su proverbial modestia me escuda y me da aliento para salir del paso. No obstante, justo es que observe que para apreciar dignamente las calidades de un pintor debió buscarse un crítico versado en el arte pictórico, entendido en todos los secretos del oficio, conocedor de todas las escuelas, de la manera de los pintores antiguos y modernos, y de los caminos que la perspectiva y los contornos, el colorido y la expresión, han venido haciendo desde que el arte es arte, y sobre todo desde que Juan de Brujas introdujo la pintura al óleo y la perfeccionó Antonello de Mesina.

No se crea, pues, que yo quede satisfecho de lo bueno ó malo que me atreva á decir respecto de las concepciones del pintor, sino muy penetrado de mi presunción y audacia, y muy rendido en el propósito de pedir mil perdones al artista y á los lectores, que leerán este breve escrito con sobrada indulgencia, ya que ni en el intento ni en la obra es mía la culpa, sino de quienes en tal potro de tormento me han colocado, como Cristo entre dos ladrones, uno bueno y malo el otro, con mi insuficiencia á un lado, y al otro la amistad exigente y cariñosa.

Sentado esto, diré que D. Antonio Herrera Toro nació en Valencia el año de 1858, y es hijo del Doctor D. Juan José Herrera y de D^a Teresa Toro, personas de las más distinguidas de nuestra sociedad, y sobrina la señora del caballeresco Marqués del Toro que tan elevada figura hizo en la guerra de independencia de Colombia.

Antonio estudió primeras letras en el Colegio que regentaba el señor Adolfo Ernst, y en la Universidad Central el primer bienio de matemáticas.

Despertada desde temprano su afición á la pintura, estudió los rudimentos del dibujo con el egregio pintor D. Martín Tovar y Tovar, y luego, por ausencia de éste, y durante poco tiempo, con D. José Manuel Maucó.

Agracióle Guzmán Blanco en 1875 con una pensión para que hiciese sus estudios artísticos en Europa, donde permaneció por espacio de cuatro años, ya estudiando en París con Tovar, ya en Roma con Faustini, Maccari y Santoro, ó en el Círculo artístico internacional de que era miembro; pero valga la verdad, entregado más á la vida alegre de los paseos, de los Casinos y de los teatros que al serio estudio del arte, como que durante ese tiempo, si visitó las galerías de Roma y los Museos de París, perdió las horas sacando copias, y sólo hizo dos cuadros, uno el retrato de Tovar y Tovar, y del género de costumbres el otro. Ambos cuadros figuraron con alabanza en el Salón de París.

En Roma se sintió fuertemente impresionado por el genio de Miguel Angel, y no encontró lienzo que más le admirase que el retrato de Inocencio X, pintado por Velásquez y existente en la Galería Doria.

Herrera volvió á Europa en 1880 y pintó el plafón del presbiterio de la Catedral, por encargo del señor Arzobispo Ponte. Este cuadro, el primero del género decorativo que haya pintado un artista venezolano, y el plafón que en el año próximo pasado pintó en el Teatro de Valencia, son obras de gran mérito á juicio de los inteligentes.

La decoración del presbiterio de Catedral, en que el colorido y la belleza y seguridad del dibujo acusan la destreza, y saber del pintor, la terminó Herrera á su regreso de Europa en 1887.

Herrera Toro decoró asimismo el bautisterio del templo de Altavracia, y pintó el cuadro de las Animas, que se ve á la izquierda de la puerta mayor. En el primero de estos cuadros, el Bautista es irreprochable por sus líneas y su austera dignidad rústica; es el hombre del desierto; mas carece del ascetismo propio del precursor, que hacía vida de penitencia y sólo se alimentaba de langostas y de mieles. La cabeza de Jesús es bellísima y su actitud encantadora; sus perfiles son puros, y la figura toda tiene cierto aroma de dulcísima y de gracia que se confunde con la castidad.

El cuadro de las Animas representa un ángel que conduce un alma al cielo. En este admirable lienzo, la sencillez y grandeza de la idea, el dibujo, las actitudes y el colorido, todo es severo y propio del asunto; y cierta pureza ideal de que está revestido nos hace concebir la muerte como una deidad salvadora, y nos habla de la inmortalidad de otra vida mejor.

Los cuadros indicados bastarían para manifestar de cuánto es capaz Herrera Toro cuando en tan temprana edad dió tales muestras de talento é ingenio.

En la Catedral de Caracas hemos visto el gran lienzo que representa la Asunción de María. Esta hermosa tela de aspecto fresco y santo es obra de nuestro ilustre pintor valenciano. La ejecución es severa, firme y llena de majestad; el colorido, brillante.

Muy joven aún pintó Herrera Toro el cuadro de *La muerte del Libertador*. No le estima el gran cosa por haber sido uno de sus primeros ensayos; mas tengo para mí que la rigidez de las figuras, el abuso de la recta, es lo que principalmente perjudica el efecto de esta obra pictórica, comunicándole frialdad desconsoladora, pues si bien la recta da idea de lo finito y de la muerte, por lo cual el ciprés enhiesto y triste ha sido escogido por el hombre para adorno de las tumbas; en la pintura, en la poesía, en la música, en la escultura, la rigidez de la recta es la muerte del arte, á menos que se la combine con acierto, ó que, como sucede en la arquitectura, pueda dársele tal prolongación que asombre ó admire por su majestuoso grandor. Es necesario que el ritmo ondula, que los sonidos varíen y se combinen, que el lienzo ó la estatua representen el movimiento, para que haya en la obra animación, vida y gracia artística. Así nos lo enseña la misma madre naturaleza, que tales calidades no las ha puesto Dios sino en las obras á que la curva hermosea, en el mórbido seno de la mujer y en los astros, en la superficie del océano y en la perla, en el cuello del cisne y en la rosa.

En todos los lienzos de Herrera Toro el dibujo es magistral, lo que no es poco para alcanzar la inmortalidad, supuesto que la perfección del dibujo es una de las calidades que dan título de maestro; y si es cierto que en la mayor parte de las concepciones de este pintor no sorprende al espectador aquel no sé qué ó expresión de grandiosidad que con frecuencia anima la técnica pictórica de Michelena, adviértese en casi todos la noble sencillez y placida grandeza del arte antiguo, á pesar de que en alguno, como en el cuadro de *La Caridad*, se ve la tendencia realista de humanar el ideal.

La semejanza de genio y de carácter entre estos dos célebres pintores valencianos, proviene, en concepto mío, de la atmósfera, ó medio ambiente como hoy se dice, en que uno y otro se desarrollaron.

Ambos vieron la luz en la antigua ciudad del Rey, llena de hazañas inmortales, de recuerdos heroicos de la guerra de independencia, henchidos por el aire puro de las montañas tropicales, acariciados por los rumores de las selvas y de las ondas plácidas del lago, pero tomaron bien pronto distinto rumbo.

Michelena creció en los campos de sus abuelos, en medio de una naturaleza bravia y espléndida, contemplando el lago pintoresco, el an-

cho río, la frondosa ceiba, el nudoso bucare, las ricas plantaciones de cacao y de café que esmalan las faldas de las montañas con sus frutos de vivos colores; aspirando el aroma de los naranjos y de las rosas, de las magnolias y de los nardos; oyendo el mugir de las vacadas y el canto de los pájaros; cabalgando en el potro indómito, y viendo á cada paso al rudo labriego armado del azadón ó del machete, y á la hermosa campesina con el muelle seno apenas velado y el zagalejo suspendido á la cintura dejando ver sus formas esculturales. Su espíritu penetraba así en el culto de la naturaleza, fijábase el colorido en su pensamiento deslumbrado, y los contornos, la expresión, los perfiles y las curvas despertaban su visión artística conaturalizándose con él y dándole así el germen y el modelo de sus futuras creaciones.

Herrera Toro fué trasladado demasiado niño á Caracas, y no tiene por teatro el campo dilatado y majestuoso, sino el estrecho recinto de la ciudad y del hogar. En temprana edad hállase huérfano de padre, y esta infelicidad y las calamidades de la guerra traen la ruina de los intereses de la familia. Su madre es una mujer piadosa que conserva la santidad de las antiguas madres cristianas, y su principal pensamiento es el de hacer de sus hijos buenos católicos y honrados ciudadanos. La primera educación de Herrera Toro, más que literaria y científica, es moral y religiosa; y su mente se llena de los milagros de los santos y de las supersticiones de la piedad. En el hogar tiene el ejemplo de todas las virtudes cristianas y la imagen de la divinidad; en el templo la plástica pomposa y los suntuosos ritos católicos, que seducen y conmueven. Estas impresiones del niño tienen que influir poderosamente en la vida del hombre, y dar forma á su pensamiento y á su corazón.

Cuando se siente ya hombre y entra al mundo y lucha y combate, su genio porfia en vano por romper las cadenas en que fué aprisionado, y se establece en su pensamiento, hablo en el terreno del arte, el antagonismo de las ideas antiguas con las ideas modernas, y aunque el realismo le seduce como á todos los jóvenes, no logra avasallarle, y su inspiración es siempre casta, severa é impregnada del espíritu religioso.

Así, cuando Michelena va á Europa, establece su estadía en París, la Babilonia moderna, y el realismo francés, el culto á la carnación y la humanación del ideal encuentran en él un terreno abonado; en tanto que Herrera Toro, abandona á París y se fija en Roma, donde admira á los grandes pintores cristianos y queda como en: pasmo ante los cuadros de Miguel Angel, de Velásquez y de Rafael, á quienes debe la sencillez y nobleza de sus lienzos.

No conozco el cuadro al óleo de Herrera Toro intitulado *Al Sol*, que según los inteligentes es su obra maestra en este género, y ha sido enviado á Chicago, ni sus acuarelas, aguas fuertes y zincografías; pero sí sus retratos, que darían honra al más celebrado pintor. Entre estos el de mayor mérito al óleo es el que ostenta la cabeza de Mr. Jacquin, pintura admirable, digna de ser colocada en un museo. Entre sus numerosos carbonos, señálanse los retratos de D. Fermín Toro y D. Vicente Coronado, y de las señoras Calcaño y Morales. A la pluma hay un precioso retrato de su señora madre D. Teresa Toro, sus magníficos dibujos intitulados *Academias*, y varios cuadros más.

Las más grandes litografías hechas en el país, como el retrato de Bruzual, de tamaño natural, y la reproducción del cuadro de Tovar *La firma del acta de la Independencia*, son obra de Herrera Toro, dibujante experto é incansable, que no necesita lápiz, ni pluma, ni carbocollito, para mostrar sus extraordinarias facultades, pues á las veces con un simple punzón ó un palillo nos pinta en el seno de la amistad originales caricaturas, figuras deliciosas de amorcillos ó de insectos, ó retratos de admirable semejanza.

Como Miguel Angel, Herrera Toro se aplica asimismo á las letras en sus ratos de ocio.

En sus poesías aparece de nuevo el pintor: son ellas pequeños cuadros de luz refleja, en los que se encuentra plasticidad, armonía y colorido, y en el fondo de casi todos, una idea filosófica engendradora por un sentimiento cristiano.

Las flores como las almas, A una abeja, Camino de la vida, A Colón, La Mañana, Plegaria, y otras más que en este instante no recuerdo, son prenda de lo que acabo de decir. La forma es estudiada, el dibujo sobrio y firme, y la frase correcta, pero no son más que miniaturas. El vuelo y la robusta entonación, los versos aceros y grandiosos forjados en el yunque de las pasiones, no se encuentran en las inspiraciones de la musa apacible y parca de este poeta, que sin duda se forja la ilusión de que dibuja

á la pluma cuando escribe sus rimas. La poesía de mayor extensión que de él he leído es un romance á la acción de Urica, memorable hecho de armas en que pereció aquel terrible soldado español, José Tomás Boves, en quien Dios parecía haber personificado toda la grandeza guerrera, el arrojo y la crueldad de que es capaz nuestra raza.

Herrera Toro ha sido también periodista: fundó *El Granuja*, y fué corredactor ó colaborador de diversos periódicos liberales.

Pintor, poeta y periodista, por cualquier faz que se le contemple, se encuentra el mismo sér moral, sano, apacible, metódico y laborioso.

Las hermosas obras que ha hecho en la primavera de la vida, son garantía de lo que hará en la edad en que las facultades del hombre, robustecidas por la experiencia, llegan á su completa madurez.

La perseverancia en el estudio y el trabajo le darán la inmortalidad de los maestros.

JULIO CALCAÑO.

MONTE PÍO

Con letras de luz escrito,
A su misma claridad
Ví en la sombra de tus ojos
MONTE ES ÉSTE, DE PIEDAD.

Salí de penas, me dije
Al leer tal inscripción;
Y arrancándolo del pecho
Fuí á empuñarte el corazón!

A. HERRERA TORO.

A UN CERDO

Quien fuera como tú, cerdo dichoso!
Cómo te envidio tan feliz destino!
Vivir para gozar: eso es hermoso!
Gozar hasta morir, eso es divino!

La vida que disfrutas, regalona,
En tu fresca pocilga sumergido,
Vale más que la gloria y la corona
De tantos reyes que en el mundo han sido!

Quien no te envidia el resollar sonoro
De ese profundo y prolongado sueño
Nunca turbado por la sed de oro
Que en vela tiene á tu insensato dueño?

Espléndido festín hallas doquiera
Que al paso encuentras repugnante horrrura;
Nada el humor de tu pachorra altera
Todo conspira á tu sin par ventura.

¿Qué á tu dicha las sombras del pasado,
Las falaces promesas del futuro,
Si á la próspera suerte confiado
De opulento presente estas seguro?

En tu apacible bienhechor reposo
De torpe envidia, de ambición: qué sabes?
Qué á tí los humos del poder dudoso
Su estéril brillo, sus cuidados graves?

Qué sabes del amor y sus desvelos?
De la efímera gloria fementida?
Qué sabes de la duda maldecida
Que el pecho inunda en punzadores celos?

No existen para tí fieros dolores;
Ni existe el aguijón de la conciencia;
Y exenta de esperanza y de temores,
Serena se desliza tu existencia.

Vivir para gozar: ese tu lema;
Gozar hasta morir, tal es tu sino.
Quién no codicia tu ventura extrema?
Quién no te envidia tan feliz destino?

A. HERRERA TORO.

PENSAMIENTOS SUELTOS

(POR EL DR. J. M. NUÑEZ DE CÁCERES)

La mayor parte de los poetas son cabras cimarronas que después de masticar toda clase de yerbas silvestres y plantas rastreras, van á rumiarlas al Parnaso.

Quien no sirve á la patria es un ciudadano de sí mismo, ó indirectamente de otras naciones.

Las infidelidades que cometemos á las mujeres nos deben advertir lo difícil que es evitar las de ellas á nosotros.

La más sensible de todas las ofensas es aquella que se nos hace con razón.



PUEBLO «CAMPO ALEGRE» EN LAS MINAS DE AROA
(Venezuela)



«PUEBLO NUEVO» EN AROA. — Fotografías de Schotborgh
(Venezuela)

Nunca confesamos de buena gana los méritos y virtudes de aquellos que nos han ofendido.

El sabio pobre cede en sociedad la palabra al necio rico, no porque éste se la quite sino porque os demás se la dan.

El amor, como poeta, tiene su escritorio en las rejas de los enamorados; como político, tiene su casa de gobierno en el burdel de los libertinos; como comerciante tiene su banco en el bolsillo de los viejos, y como deidad tiene su altar en el corazón de los amantes jóvenes.

No hay méritos por brillantes que sean que no se oscurezcan en un hombre usurero y avaro.

El interés, si no triunfa de la virtud la lleva arrastras por la escabrosa senda de un honor que con frecuencia sucumbe.

En la juventud abusamos de la materia; en la vejez no podemos ni usar de los materiales.

En el comercio de la vida hacemos más quiebras con la mercancía *virtudes* que con la pacotilla *vicios*.

Un beso es un fiado de crédito á cuenta de mayor cantidad.

En el cielo del amor el primer beso no es el sol que fecunda sino el lucero de su aurora.

La privación es la mejor maizena con que se nutre y engorda el amor: la esperanza lo predis-

pone, las oportunidades lo enferman: la posesión lo mata.

En los hombres ordinarios, como Juan, el hombre es del vestido: en los finos, como Pedro, el vestido es del hombre; es decir: que en éste no se puede sacar por el vestido; quien es Pedro; mientras que en aquél, por el vestido se puede ver á lo menos quien es Juan.

Cada uno está bien donde no está.

Más vale no hacer nada que hacer nada.

El amor vulgar de los enamorados comienza por un trágico sainete y termina por una cómica tragedia.

Es probable que el mundo por ser tan malo nunca se acabe.

El amor en los libertinos es como el cólico miserere que pasa luego que se corrompe.

Muchas veces un gran propósito no ha podido realizarse sino por medio de grandes despropósitos.

De ningún provecho es conocer la humanidad, ó como dicen vulgarmente, conocer el corazón humano, si este conocimiento no se pone al servicio de nuestros intereses.

Con frecuencia lo que á las mujeres seduce más en un libertino es su libertinaje.

LA OCTAVA DE CORPUS DE SAN JUAN (*)

El día anterior hubo repiques de campanas á las doce, alternando con tocatas de música á la puerta de la iglesia de San Juan, y por la noche fuegos artificiales de gran lujo, é iluminación profusa con farolitos de papel, medias naranjas colmaditas de aceite de corozo, bombas muy barrigudas, fanales guindados á la puerta de las casas, guardabrisas colocadas en el antepecho de las ventanas, y otros chirimbolos parecidos de la ya remota época de la colonia. El campanario no parecía cosa de la tierra, sino una maravillosa evocación fantástica: desde la cruz hasta la base se le veía ceñido de cintillos luminosos. En la plaza, que semejava en la penumbra vistosísima bandada de lucernas verdes, purpúreas, azules y amarillas, literalmente no cabía una cabeza de alfiler; la gente se arracimaba en las ventanas, en las puertas, sobre las tapias del contorno, y debajo de los improvisados arcos de gusanillo y flores; los muchachos callejeros se desgañaban á su gusto, saltando en apretados grupos alrededor de las rojizas candeladas que ardían en la sabana, y hasta los monigotes salieron de sus casas á presenciar el espectáculo. Primero se quemaron los ratones, que se disparaban de uno á otro lado por sobre delgadísimo alambres, haciendo eses de fuego y vomitando á chorros cocuyos rutilantes; después los arbolillos de las cuatro esquinas, resplandecientes de penachos, de aureolas, de cascadelas y círculos espléndidos de oro; y por último, el castillo inexpugnable, sembrado en todo el centro de la plaza, que se defendió heroicamente de las bombas de diversísimos colores que le atacaban con singular esfuerzo. Tampoco faltó el globo, el estupendo globo de papel, barrigudo, abigarrado y monstruoso como él solo, el cual, en medio de un estruendo de palmas, aclamaciones y silbidos, cabeceando triunfalmente escaló el cielo, acompañado de ocho globos chiquitines, perseguido por una turba de cohetes y alentado por los alegres acordes de la música.

En cuanto nomás amaneció, comenzaron á llegar, tiritando de frío, con el tabaco entre los dientes y embozados en sus cobijas encarnadas, los encargados de levantar en las esquinas de la plaza los altares. Apenas se distinguían las armazones, hechas de varaes y carrizos amarrados con cabulla; pero á medida que fué calentando la mañana, los desnudos palitroques se vistieron de gusanillo aterciopelado y verdeteo, de tufos blancos y cortinones rojos, de estandartes y banderas, de guirnaldas, festones, abanicos y ramos hermosísimos de flores. Cada altar se componía de cuatro vigas sembradas en hoyos muy profundos; de viga á viga, y á la altura de los aleros de las casas, se amarraban cuatro varaes recios, como para formar un cuadro; encima se colocaba un toldo espeso de coleta bien templado, con el fin de que á los ofitantes no se les derritiere la mollera con el sol; en uno de los lados se levantaba el armatoste del altar, con mesas y cajones recogidos en todo el vecindario; detrás de aquél se sembraban en ringlera unas matas de sauce cortadas en el río, para tapar con el follaje la escueta encrucijada, y lo demás lo hacían el gusanillo, los ramos de laurel, las piezas de género blanco y percalina, las ya viejas y asende-readas colgaduras de damasco, y las cargas de flores de los campos. La alfombra se traía de alguna iglesia con muchísimo cuidado, y alquilada por no menos de una libra; los manteles y el frontal se le pedían prestados á alguna cofradía, y á este mismo recurso se apelaba en lo que se refiere á los lucientes candelabros, los floreros y otros chismes igualmente necesarios. Pero en lo que se ponían los cinco sentidos por completo, la mayor curiosidad y todo el lujo imaginable, era en el baldaquino. La rivalidad, en tal sentido, era manifiesta entre aquellos que engalanaban los altares, y había veces que el esforzado pujilato religioso terminaba á las trompadas. Las columnillas debían estar muy torneadas, dadas con esmero y empavesadas con hojilla trabajada por las monjas; el copete, con mucho perendengue brillador, con mucho adorno reluciente, y agobiado por un gran florecimiento de artificiales rosas blancas y azucenas; el fondo, de raso azul color de cielo, semejando el firmamento, tachonado por el sol, por la luna y las estrellas; y la peña, donde se al-

bergaría la custodia tan sólo unos momentos, forrada en terciopelo ó en moaré, no menos que cubierta por el paño de finísima batista, orillado de encajes blancos como los mismos ampos de la nieve. Lo cierto es que el baldaquino ocasionaba serias discusiones, fuertes dolores de cabeza y hasta insomnios. En ello era en lo que la gente iba á fijarse, para después dictar el fallo, y los beatos se devanaban los sesos para conseguir la manera más brillante de triunfar en el torneo.

De altar á altar se sembraban dos hileras de arbolitos, para formar la callejuela por donde debía pasar la procesión del corpus; el suelo se desverbababa con nimia escrupulosidad, se barria, se dejaba tan limpio como la palma de la mano, y se alfombraba de flores y hojas de laurel; y de trecho en trecho se erigían unos arcos de tres palos, vestidos también de gusanillo, de los cuales se colgaban racimos de frutas fresquitas, sargas de panecillos aliñados, abanicos de dulces ensartados en palitos, manojos de legumbres, botellas de cerveza, gallinas amarradas por las patas, y el millar de cosas más por el estilo. Mas no se crea que dichos arcos se levantaban allí por mero adorno, sino para vender, después que la ceremonia terminaba, cuanto en ellos se ponía. Cada cual tenía su dueño, que era un tigre encaramado para eso de robar á los emparrandados compradores; pero sin duda que aquéllo venía á ser la sal y la pimienta del ruidoso festival, y nadie regresaba á casa con las manos desprovistas y el estómago vacío. Los chiquillos, sobre todo, volvían hechos unos marranos, con el vestido untado de melcocha y majarete, las manos pegajosas y la cara como un horror de sucia, pero riéndose á carcajadas argentinas, palmoteando con ardor, haciendo una bulla que atolondraba á los más guapos, y alegres como una bandada de turpiales.

A las nueve de la mañana se dió solemnemente el último repique de campanas, y por cierto que ocasionó un pleitazo entre dos de los muchachos que á cual más se disputaban las cabullas de los badajos en la torre. Uno de los chicos convino desde el principio con el otro en que le cedería el último repique, reservando para sí los dos primeros; pero es el caso que á la hora de cumplir lo estipulado en el contrato, se echó atrás resueltamente, y largando por el colmillo un chisguete de saliva, aseguró por su palabra de tramosísimo granuja que no alojaba las cabullas ni de casualidad. Al otro se le encendieron los cachetes de soberbia, tanto por la porquería de su insolente camarada, como porque los otros chicos comenzaron á reírse en són de burla. ¡Y lo que era él, no se dejaba ver la puerta!

—¿Qué hay? ¿Suelta ó no suelta las cabullas?

—Pues no las suelta.

—Es que cuando se ofrece una cosa, hay que cumplirla.

—Pero no me dá la gana de soltarlas..... ¿Y qué hay con eso, manumiso?

—¡Que usted no ha sido siempre más que un zarandajo!..... ¡Y si quiere, salgamos de aquí ahorita mismo, pa darle en el jocio con las patas!

La turba de muchachos aplaudió con gran estrépito, y uno de ellos, saltando de improviso al centro del tablado, dijo por lo pronto en voz chillona:

—¡Carrizo, lo que soy yo, no me dejaba decir eso!

—Es que al salir de aquí—contestó el ofendido—nos vamos á entender allá en el río, y lo que es este roncón, va á saber pa qué nació.

—¿Pero por qué no sales de una vez?—preguntó el engañado, verde ya de coraje.

—Porque quiero dar antes el repique, pa que te calientes más y no salgas erizando á la primer trompada que te alumbre.

Con lo cual volvieron á estallar las risotadas, que se apagaron allí mismo con el sonoro estruendo de los bronces, porque el sacristán asomó la motilada cabeza en la escalera, diciendo que dejaran ya. Al terminar, no quedó un solo muchacho en el ruinoso campanario: se descolgaron todos por la escalera abajo, haciendo bulla y chacoteando; salieron hasta el porche de uno en uno, y enseguida ganaron el callejón del río. A poco estaban en la playa. Los dos duelistas botaron á la sabana los sombreros, se quitaron la camisa, se arremangaron los calzones, y se cuadraron el uno frente al otro. Los demás chicos se dividieron en dos grupos, como se hace en

las peleas de gallos. El primer cogotazo que sonó, fué de Curruco, que era el insultado, y entrambos chicos se prendieron á repicarse las trompadas en el cuerpo con una saña tremebunda, á tiempo que las dos partidas de muchachos apostaban al que soliera triunfador. De pronto, los duelistas se arrojaron el uno sobre el otro, se abrazaron, lucharon, forcejearon y cayeron al suelo como una masa informe, escupiéndose las injurias más atroces, y sangrándose la garganta y el pecho con las uñas. Los dos bandos los separaron en el acto, pero tornaron á cuadrarse con más brío, enardecidos por los golpes que se habían propinado mutuamente, y por los hilos de sangre que chorreaban.

—¡Asujétate bien los pantalones, porque te voy á dar como á violín prestado!—vociferó entonces Curruco, arrollándose con el dedo índice las gotas de sudor que le brotaban de la frente.

Allí mismo alzó la mano, y le soltó á su adversario tan estupenda bofetada en las narices, que se las arrasó del tiro en sangre. En el bando de Curruco estalló una explosión de carcajadas, apóstrofes y desvergüenzas.

—¡Entrale, Pajarito!—gritó entonces uno de los contrarios con soberbia.—¡Cuidado con jipatearse, porque si te dejas pegar, te zampamos en el río de cabeza!

Pajarito retrocedió dos pasos, esparrancóse en la sabana, midió con la mirada centelleante á su envaletonado combatiente, y yéndosele encima de improviso con un impulso extraordinario, le alumbró con la diestra apuñada tan espantoso golpe por la frente, que lo regó en el suelo sin sentido. Uno de los del bando de Curruco arrancó á correr acto continuo en dirección del río, y trajo un poco de agua en el sombrero de cogollo, para humedecerle la frente y darle de beber al aporreado. Y Curruco volvió en sí después del baño de agua fría que le administraron sus colegas, pero sin ánimos ya para vengarse. Ello es lo cierto que Pajarito se hizo respetar en adelante por todos sus compinches; que le dió su merecido en toda regla al farfante de Curruco, y que ya no hubo quien se atreviera á quitarle impunemente las cabullas de ningún campanario del contorno.

El templo de San Juan estaba recargadísimo de galas. El presbiterio se veía forrado de cortinones encarnados, fondo en el cual se destacaba el altar mayor como encendida ascua de oro, con sus hermosos candelabros, su gran florecimiento de rutilantes cirios, sus jarrones de porcelana colmaditos de azucenas, sus nichos adornados con exceso cursi, su frontal de blanca seda listado de galones, y sus manteles aplanchados por las monjas, orillados de blondas que parecían espuma, al par que deslumbrantes de virginal blanco. En los ciriales, en los candelabros, en las arañas cristalinias, resplandecían las luces como brillantes aureolas; de trecho en trecho, sobre las tapias hirvientes de colgajos, resaltaban dos banderas cruzadas y enlazadas por vistosa guirnalda, opulentísima de radeselvas y jazmines; de pilar á pilar, envueltos éstos en colgaduras amarillas, hacían ondas los festones de rosas y claveles; en el centro de los arcos ardían velas de esperma en bombas de cristal con copete de hojalata; á lo ancho de las naves cubrebaban las cadenillas de papele de todos los imaginables colores; los otros cuatro altares encandilaban con el brillo de sus descomunales macetas, de sus hermosos candeleros bien fregados con zumo de limón y polvo de ladrillo, y de sus primorosos recogidos de tul blanco; el púlpito se caía de chillón, porque las cintas, las coronas, las banderolas de papel dorado y los macizos de flores lo agobiaban, y el suelo aparecía alfombrado de verdes hojas de laurel, olorosas á pascua de resurrección.

Las tres naves comenzaron á llenarse á segundas del último repique. Media hora después, hervían de cabezas de mujeres cubiertas con mantillas de seda blanca y negra, con tules barto transparentes, con pañolones de crespo, con mantos negros de merino y anchos paños de linón ó de batista. Aquella inusitada concurrencia formaba, por supuesto, una extraña mescolanza: junto á la falda de lanilla adornada en terciopelo, la enagua de zaraza á pintorreadas ramazones; junto á la elegante zapatilla de patente con lazo en el empe-

(*) Capítulo IV de la novela titulada *¡Ya es hora!* próxima á publicarse.



SANCHO PANZA — Por Arturo Michelena

ne, el alpargate nuevecito, ó la chinela de estambre abigarrada; junto al collar de oro macizo salpicado de esmeraldas, la triple gargantilla de cuentas azules y lustrosas; junto á la dama de nacarada tez, aspecto distinguido y cuerpo esbelto, la negra moftetuda, de aplastadas narizotas, bamba descomunal y pelo entorchado y porfiadísimo. Ni faltaban allí sus dos docenas de chiquillos que charlaban como en los amplios corredores de su casa, pisoteaban á las mujeres el vestido, y correteaban á su antojo desde el coro hasta el crucero. Por lo que hace á los escaños, fueron invadidos por el Jefe Civil de la parroquia, que vestía una levita seguramente de rebote, porque se le alcanzaba á ver el descosido; por el secretario de la Jefatura, que estrenaba unos zapatos de dril blanco con punteras de patente; por una docena de santurrones rasurados hasta en el sitio en que crecen los bigotes; por el hermano del cura, que era un gran mujeriego, según se contaba con asombro en todo el vecindario, y por tres ó cuatro campesinos de chamarreta y mangas de camisa.

Cuando Reyna y García llegaron á la plaza, había terminado ya la misa y empezaba á salir la procesión. En aquellos momentos, la plaza semejava un océano de cabezas humanas descubiertas, sobre las cuales caía implacablemente el sol, amenazando derretirlas. Las campanas repicaban con ensordecedor entusiasmo; los chiquillos pedían á gritos que los levantaran en brazos para ver bien el espectáculo; las banderas y las grimpolas hacían ondas de colores en el aire, y chasqueaban azotadas por el viento; los cohetes escalaban resueltamente las alturas en todas direcciones, y poblaban el limpio azul del cielo de nubecillas grises; en cada ventana y cada puerta lucía un vistoso ramillete de muchachas, de pie sobre escaños y banquetas de madera, á fin de no desperdiciar ni el detalle más pequeño de la rumbosa fiesta; por dondequiera ardía el incienso en labrados platillos de cristal, y perfumaba el ambiente con sus columnas de humo denso y oloroso; el gentío se arrojaba á proporción que el palio iba pasando, y desde todos los puntos de la plaza se levantaba un murmullo formidable, en el cual tomaban parte las vocisitas de oro de los chicos, el charloteo de las muchachas, el fervoroso rezo de los campesinos, y las risotadas de burla de los mozos principales.

—¿Qué te parece?—le preguntó Reyna á García, haciéndole un expresivo guiño.

—De gran novedá, chico.

—Estoy seguro de que nadie ha venido aquí por devoción, sino por la parranda.

—¡Ya lo creo! Figurarse otra cosa es tontería.

—Vémeles la cara á las mujeres: de lo que menos se ocupan ahora, es de rezar, y en lo que tienen puesto todo el pensamiento, es en los hombres. Lo que soy yo, cada día me convengo más de que la gente no concurre á estas guachafitas eclesiásticas, sino porque en el pueblo no hay otra cosa en qué pasar el tiempo y divertirse.

La procesión rompía la marcha con una turba de muchachos callejeros; seguan después, dándose una cuarta de tono, los tres monaguillos que empuñaban la cruz y los ciriales; luego un grupo de monigotes, con la sobrepelliz hecha un escándalo de encajes y cantando desentonadamente; seguida, el Jefe Civil de la parroquia, resplandeciente de satisfacción y repartiendo sonrisas protectoras, porque llevaba el guión entre sus manos por la primera vez, y en ello era que cifraba aquel mostrenco una de las más grandes aspiraciones de su vida; más atrás, una bandada de chiquillos repicando las campanitas de plata muy hechos cargo de la dificultad; después, cuatro turibularios con capas de seda resplandecientes de galones, y por último, el deslumbrante palio, cuyas varas sostenían el secretario de la Jefatura, el pulpero más respetable de la plaza, dos santurrones que no cesaban de masticar latines, el hermano del cura, y uno de los más prestigiosos gamonales del contorno, el cual vestía pantalón de casimir á grandes cuadros, chamarreta de paño azul forrada en lana escocesa asaz chillona, y camisa sobremañera rizada por las mangas. Bajo el palio iban el preste, que era el cura de San Juan, conduciendo la custodia, esplendorosa como un sol, deslumbradora y salpicada de esmeraldas y rubíes; luego la música, compuesta de un clarinete, un cornetín, dos requintos de flauta en completa discordancia, un estrombón en figura de serpiente con la getaza abierta, y una descomunal bombardia; y cerrando la marcha en torrente cauda-

loso, la turbamulta de mujeres de todas las edades, condiciones y tamaños. El desfile deslumbraba, resplandecía, echaba chispas con el sol: el rojo intenso de las opas de los monaguillos, la ola blanca de los roquetes y las sobrepellices, los tornasoles de las capas, la lustrosa limpieza de las navetas y los incensarios, el fluco pomposísimo del palio, los diversos matices de los pañolones, el brillo de los paramentos, y por último, el rutilante sol de la custodia, hacían de aquel conjunto solemnemente abigarrado, una juerga de colores que desde luego encandilaba.

Al llegar á cada altar la procesión, se arrojaba todo el mundo; luego subía el preste la alfombrada gradería, tanteando mucho para no dar de golpe con las narices en el suelo, y colocaba la custodia en el pomposo baldaquino; seguida entonaba el *Tantum ergo*, acompañado por todo verbo tonsurado, y después de cantar él solo dos *Oremus*, que terminaban con su correspondiente *per omnia secula seculorum*, tomaba de nuevo la custodia con la banda de moaré que el diácono ponía sobre sus hombros, y bendecía á la arrodillada multitud. Lo cual se verificaba en medio de los acordes de la música, del murmullo confuso de los rezos, del repiqueo sonoro y redoblado de las argentinas campanillas, y del estruendo formidable de los árboles de pólvora, recámaras, sargas de truenos y manojos de cohetes que se quemaban detrás de los aldos, con inminente riesgo de reventarle los oídos, al concurso.

Reyna y García se habían situado á la vera de una de las callejuelas de arbolitos por donde debía pasar la procesión, y en aquel momento comenzó á desfilar por delante de sus ojos el apretado grupo de muchachos, monaguillos, sacerdotes y mujeres. García se hincó inmediatamente, para no provocar un altercado con cualquiera; pero Reyna se quedó como que si tal cosa, contemplando con una sonrisa harto burlesca las caras de los monigotes, que amenazaban agrietarse y verter sangre bajo el ardiente sol del mediodía. ¡Más le valiera haberse puesto, como su amigo, de rodillas! Un canónigo de catedral, hombre intolerante en grado sumo, se fijó en la irreverencia, y poniéndose lívido de cólera, y echando candelas por los ojos, y mostrándole á Reyna los crispados puños, le gritó con voz de trueno:

—¡Hínquese usted, joven, que pasa la Divina Majestad!

El semblante de Reyna se inmutó instantáneamente con el inesperado trabucazo, y el estudiante, enfrenando su carácter, no contestó nada, para evitar un escándalo de á folio en semejante coyuntura; pero es el caso que el canónigo se enardeció todavía más con la actitud impávida del mozo, y volvió sobre la carga con más brío. De pálido que se le había puesto, el color se le convirtió en terroso.

—¡Que se hínque, le digo!—tornó á gritar perdiendo los estribos.

Con lo cual á Reyna se le fueron las petacas, y contestó en el mismo tono:

—¡No me da la gana, compadre!

—¡Respete usted el sentimiento religioso de este pueblo!

—¡Y usted no sea otro día tan insolente!

—¡¡Híinquese!!

—¡¡No me híinco!!

—¡Masón!.....¡implo!.....¡ateo!

—¡Oscurantista!.....¡cura!.....¡badulaque!

García no pudo menos que soltar el trapo de la risa, pero de tal manera, que se apretaba con los puños el estómago, para ver de contener el formidable acceso que le ahogaba. El canónigo tuvo á bien suspender el altercado, y siguió su camino manoteando, rezongando y conminando á los impíos de la época con los castigos de la vida eterna. Por lo que á Reyna se refiere, resistió con heroica impavidez las agresivas miradas de cuantos bullían en torno suyo, sobre todo, de las beatas, que al pasar se santiguaban con insólito aspaviento, y regoldaban por lo bajo:

—¡Ave María Purísima!.....¡Barajo con el hombre tan indino!.....¡Ese muchacho es el enemigo malo en persona!.....¡Ni por nada quisiera yo estar en su pellejo á la hora de la muerte!.....¡Pues cómo!.....¡Que se va á ir derecho á los infiernos!

GONZALO PICÓN FEBRES.

EL PAVO DANZANTE

FÁBULA

Allá en las Filipinas,
Cuenta un criador de pavos y gallinas,
Que hubo un pavo muy viejo, desplumado,
Con el moco ya flojo y estirado,
Que, por casualidad,
Se descubrió una rara habilidad.
—¿Si supiérais, lectores, para qué?
—Para bailar el *papa sirigüé*!
Desde el feliz momento
De tal descubrimiento,
Sólo pensó en bailar el pobre bicho,
Que, de paso sea dicho,
Lo hacía con tal pachorra,
Que reventó de risa una cotorra.
Mas él, enamorado
De su paso picado,
Por el primer danzante se tenía,
Y en público decía:
—Señores, no es jactancia,
Ni aquí, ni en China, ni en la misma Francia.
Se encuentra un pavo que,
Me aventaje en el *papa sirigüé*.—
Y al punto levantaba
La cola, y comenzaba
—*Talarán, talaré,*
Ay papá sirigüé!
Y en calles y plazuelas,
En tiendas, en escuelas,
En circos, tribunales,
Y hasta en los sitios reales,
Danzaba el avechucho impertinente,
Sin notar el enfado de la gente
Que, por buena crianza,
Le celebraban la enojosa danza,
Diciendo por detrás: —¡Ah majadero!
No haber un cocinero
Que te amare las patas,
Te degüelle y te guise con patatas!
—Cuántos, como este pavo,
Escuchan que les dicen: —*bravo! bravo!*
Y del burlesco aplauso poseídos
Andan por esos mundos engreídos!

F. DE SALES PÉREZ.

1884.

A UNA ARTISTA LIRICA

EN SU FUNCIÓN DE GRACIA

En el pensil risueño
que extiende al pie del Avila
sus bosques florecidos,
sus prados de esmeralda;
azul se muestra el cielo,
azules las montañas,
azules los arroyos
que la pradera esmaltan.

Resuena en las palmeras,
como en eólicas arpas,
el soplo melodioso
de brisas y de auras;
y en blando murmullo
de su caudal desatan
el Guaire y el Anauro
las cristalinas aguas;

En tanto que se escuchan,
del céfiro en las cañas,
las voces misteriosas
cual himno de alabanza;
y alados trovadores,
en bosques y enramadas,
con cantos no aprendidos
al céfiro acompañan.

¿Qué fiesta así celebran
en el pensil del Avila
los bosques florecidos,
los prados de esmeralda,
que tan azul el cielo
se muestra, y la montaña,
y los arroyos vívidos
que la pradera esmaltan?

¿Por quién himnos entonan
la brisa entre las palmas
y alados trovadores
en bosques y enramadas?
Por tí, del Manzanares
dulce paloma blanca;
son para tí, Antonieta,
sus cantos de alabanza.
Habrás de recibirlos
de su cariño ufana,
que en ellos Venezuela
su afecto muestra á España.

DIEGO JUGO RAMÍREZ.

6 de febrero de 1892.

NUESTROS GRABADOS

Doctor Nicanor Guardia

Otro médico de vasto saber y larga práctica muy querido de nuestra sociedad viene á proporcionarnos la grata ocasión de causar un placer á muchos de nuestros lectores, con la publicación que hacemos hoy del retrato de aquel notable facultativo.

El Doctor Hernández, joven médico de creciente reputación por su saber, su talento y sus recomendables prendas de correcto caballero, nos habla hoy del Doctor Guardia con apropiado lenguaje, galano estilo y espíritu de justicia.

Taine

En la primera página publicamos el retrato del gran pensador francés, cuyo nombre precede á estas líneas. Véase lo que sobre él escribe en otro lugar el señor Revenga.

Sancho Panza

DIBUJO DE ARTURO MICHELENA

Sancho, que tenía los carrillos llenos de risa, soltó la presa, y en este momento lo tomó la imaginación de Michelena para presentarlo en el magnífico dibujo que hoy reproducimos.

Buena interpretación, como todas las de Michelena; corrección en el dibujo y artística presentación del asunto: he aquí lo que salta á la vista en el grabado á que aludimos. Ese Sancho es el Sancho descrito por Cervantes.

Antonio Herrera Toro

Nuestros abonados habrán admirado los numerosos dibujos de Herrera Toro que desde la fundación de este periódico venimos publicando y con los cuales nos ha obsequiado él, cediendo á los impulsos de su amabilidad reconocida. También habrán leído en EL COJO ILUSTRADO trabajos en prosa y verso donde el talentoso artista se exhibe galano escritor é inspirado poeta. Prueba es ésta de que no basta á la corriente de este ingenio un solo cauce y de que Herrera Toro es pintor, prosista y poeta porque es artista de buena ley.

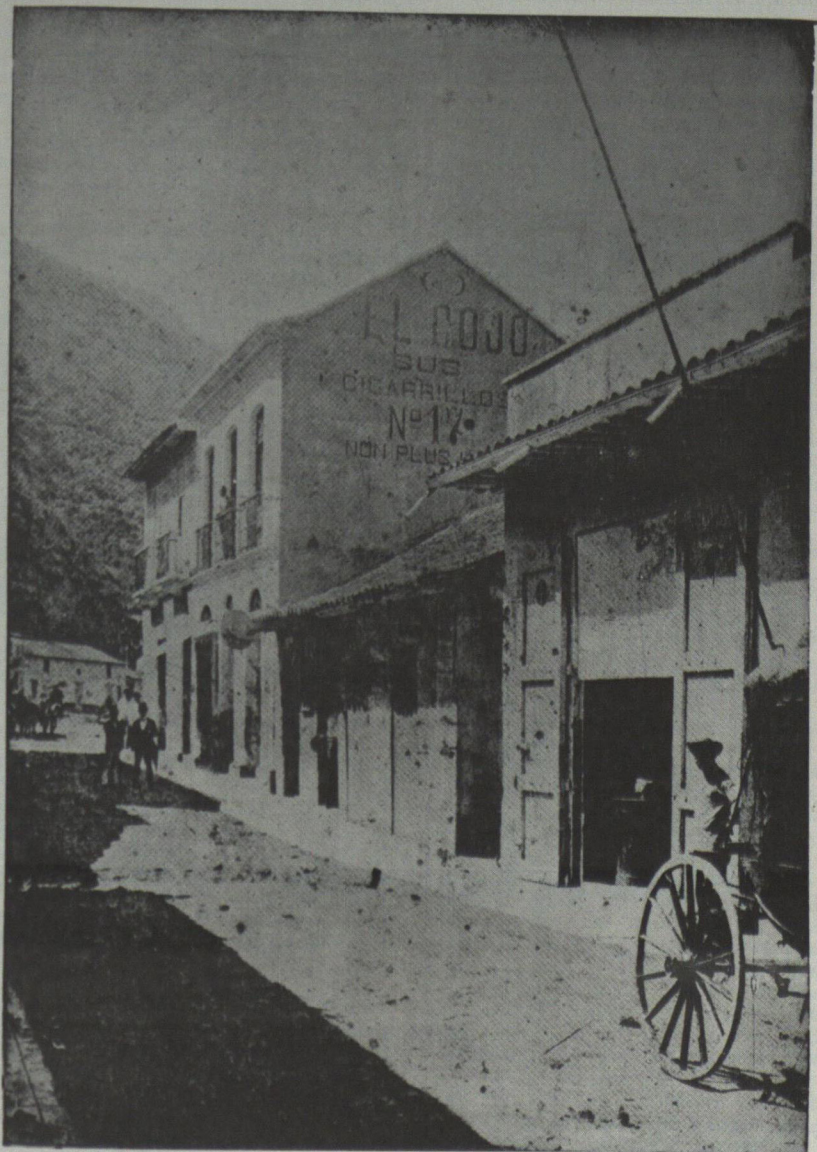
Hoy tenemos el gusto de publicar el retrato de este colaborador apreciadísimo de quien nos habla, haciendo justicia á sus talentos, el señor Don Julio Calcaño.

Casa de las Hermanas de la Caridad,
en la isla "La Providencia" de Maracaibo

Maracaibo, como casi todos los pueblos civilizados, disfruta del bien inapreciable de poseer la sublime institución de San Vicente de Paúl. No conocemos la localidad, pero bien se echa de ver en el grabado, que acariciadas por las brisas del lago y bajo sus poéticos palmares, cumplen las venerables Hermanas su santísima misión para gloria de la religión y provecho de los desgraciados de aquella interesante población.

El Sueño de la Inocencia

Nada hay tan encantador y tan imponente al propio tiempo como un niño dormido, y con ser el asunto tan antiguo como el hombre y tan manoseado por pintores y poetas, aquel encanto y aquel respeto se producen en el ánimo no solo siempre que vemos dormir uno de esos angelitos, sino siempre que con acierto, como en el grabado de la página 205, se logra representar el sueño de la inocencia.



LA GUAIRA. — CALLE DEL COMERCIO



CALLE REAL DE MAIQUETIA. — Panadería del señor François Clouché

Cementerio de los Hijos de Dios

Sabido es que desde la creación del Cementerio General del Sur, generalmente conocido con el nombre de *Tierra de Jugo*, el de los *Hijos de Dios* quedó cerrado. Mucho se ha discutido sobre si la situación de este es mejor, con respecto á la salubridad de Caracas, que la del nuevo. No entraremos á dar opinión sobre este punto. Sólo diremos que si el General del Sur es vasto y está embellecido por obras de mérito, el del norte, situado en la falda del Avila, debe á esto cierta serenidad melancólica consona con las ideas que, como mansión de la muerte, despierta en los vivos que allí van.

Calle del Comercio de La Guaira

Los lectores de Caracas no necesitan de que les informemos que la calle representada en el grabado de la página 203 es la principal y más concurrida de La Guaira; pero si necesitan de nuestro informe los demás lectores de la República que no han visitado nuestro puerto principal. En el grabado á que nos referimos sólo se vé la parte de dicha calle que conduce á la plaza de la Aduana.

Calabozo.—Plaza y templo de "Las Mercedes"

Al publicar en números anteriores algunas vistas de Calabozo, manifestamos la grata impresión que nos causó ver cómo revelan evidente progreso en aquella ciudad las vistas que nos llegan y ya conocen nuestros lectores.

La que hoy reproducimos viene á corroborar lo dicho por nosotros. En ella puede observarse sin gran esfuerzo, por estar la figura en primer término, el burro cargado de yerba, característico de una costumbre nuestra que ya casi ha desaparecido en la Capital.

Calle Real de Maiquetia

PANADERÍA DEL SEÑOR FRANÇOIS CLOUCHÉ

Lo que podamos decir sobre este grabado ya está dicho por él mismo.

Minas de Aroa, "Campo Alegre" y "Pueblo Nuevo"

Consecuentes con nuestro propósito de dar á conocer á nuestros abonados las diversas poblaciones de la República, siempre que obtengamos las vistas de ellas y las demás exigencias de la edición lo permitán, publicamos hoy dos grabados que representan dos poblaciones de la rica y conocida región Minas de Aroa, la primera que en Venezuela disfruta de las ventajas de la vía férrea que hoy pone á Barquisimeto en comunicación con el mar.

SICUT VITA

A MI TÍA LA SEÑORA DOÑA ROSALVINA S. DE CALCAÑO

—¡Ciego!.....¡ciego!.....¡Qué desdicha tan espantosa!—murmura el artista con indefinible amargura, inclinando la cabeza sobre el pecho. En su taller donde se halla, sentado en un sillón, encorvado el cuerpo, las manos en las rodillas, permanece un momento, completamente inmóvil; y luego, apoyando un codo en uno de los brazos del asiento y posando en la mano su hermosa cabeza de negros rizos, prosigue: —¡Ciego!.....¡Qué agonía encierra esa palabra! Sólo el que ha perdido para siempre la luz puede sondear ese abismo tenebroso.....¡La luz!.....¡Oh, bien inefable!.....¡Dios mío! ¿por qué me lo arrebatas? ¿por qué me condenas á vivir en las tinieblas?.....¡Qué castigo tan tremendo!.....¡Cuántos proyectos frustrados! ¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Cuántas bellezas borradas para mí de la haz de la tierra!.....El divino arte que cultivaba con tanto amor, ¿qué se hizo? ¡Desapareció! El más hermoso lienzo de Rafael será ahora en mis manos tan sólo un pedazo de tela burda. Las formas y los colores ya no existen para mí. Oíré el rugido del mar y el estrépito de sus ondas al romperse en los peñascos; pero no veré sus matices de esmeralda y zafiro, ni su blanca y bella espuma. Me embriagaré el lirio con su delicado aroma; mas no podré admirar su lindo cáliz. Mil flores ostentarán su belleza en mi redor; mas sólo sentiré su fragancia despertando en mi memoria tristísimos recuerdos de mi pasada dicha.....¡Todo ha desaparecido para mí! El cocuyo de verde esmalte, el inquieto colibrí, la alegre mariposa, y las fuentes, y los ríos, y las selvas, y las montañas y el inmenso firmamento, todo, todo sepultado en las tinieblas de una noche interminable, lúgubre, horrorosa!..... Mas ¿qué digo? ¿Son esas, acaso, mis verdaderas penas? ¿Y mis hijos, y mis padres, y mi mujer, á quienes ya no veré más en esta vida? ¡Oh, dolor! ¡oh insufrible dolor!.....Yo era quien ganaba para todos el pan. ¡Qué será de ellos ahora sin recursos de ningún género, enteramente desvalidos! ¡Dios mío, Dios mío, ten piedad de nosotros!

Rueda una lágrima por su mejilla, y al tocarla con el dorso de su mano, siente un brazo cariñoso que rodea su cuello y una voz dulcísima que le dice:

—¿Qué tienes, hijo mío?

—¡Ah! ¿eres tú? No sabía que estabas aquí.

—Aquí estaba, sí; pero no me has contestado: ¿qué tienes?

—Nada, madre mía, nada. Estaba pensando que.....¡qué sé yo!

—¿Qué pensabas? dime.

—Pues, que hace ya una semana que perdí la vista; que nuestros recursos.....

—¡Oh! no pienses en eso: Dios proveerá.

—Sí, pero es preciso dar algún paso. Ya no puedo pintar, es verdad; pero podré hacer otras cosas: puedo aprender á tejer cestas y esteras, que es oficio propio de ciegos, y algún provecho puede dejarnos; y luego.....

—¡Calla, por Dios! ¿Tú, hijo mío, tejer cestas y esteras? ¿Tú, encanto de mi vida!.....

El pintor siente en momento en su frente los

labios de su madre, oye un mal reprimido sollozo y luego los pasos de la anciana, que se aleja de su lado. No la llama, pues comprende el motivo de su conducta: su madre se aleja de él por no revelarle su dolor, por no hacerle sufrir. Permanece un rato pensando en ella y en los trabajos que la esperan, al cabo del cual oye que entra otra persona en su taller, y pregunta: ¿Quién es? Pero sintiendo en su mejilla un ósculo ardiente y los cabellos sedosos y ligeramente perfumados de la que así le tributa su amor, añade en seguida:

—¡Ah! sí, eres tú, mi vida. Siéntate aquí, á mi lado, que tengo que hablarte. Estamos solos, ¿no es verdad?

—¡Sí, sí, solitos los dos. Tu madre está co-siendo en su cuarto, los muchachos jugando, y tu padre acaba de salir á comprarte unos caramelos; ¡el pobre! se figura que eres todavía un chiquillo. A ver, dame tu mano. Así, eso es.

—¡Qué buena eres! Ahora me quieres más que nunca, ¿verdad?

—No sé; creo que nunca te he querido menos, y quererte más fuera ofender á Dios, fuera amarte como á él mismo.

—¡Ah! dices bien. Acaso haya sido esa mi falta: haberos amado, á vosotros todos, con idolatría; haber olvidado, tal vez, por un momento, que era á Dios á quien debía toda mi dicha. Por eso me habrá castigado.....¡qué se va á hacer!..... ¡cúmplase su voluntad!

—¡Oh! no digas eso. ¡Castigarte! ¿á tí, mi amor? No lo creas. Luego, todos sufrimos, y no sé quién sufra más, si tú con no vernos, ó nosotros viéndote.....

—Es verdad, sí, vosotros también sufrís; y es ése uno de mis mayores tormentos. No te puedes figurar lo que siento cuando oigo á mis padres diciendo: "¡El pobre! ¡Tan conforme! ¡Y tan bueno! ¡Tan consagrado á su familia y á su arte! ¡Su desgracia me va á matar! ¡Y á mí!"—Todas estas cosas les oigo decir, por más que las dicen quedo, muy quedo, y te aseguro que me despedazan el corazón. Si no me tuvieran lástima, si no se dolieran así de mí, si no sufrieran al verme ciego.....

—¡Si no sufrieran así, no serían padres!

—¡Sí, hija, sí, tienes razón; pero ¡qué sé yo!..... No sé para qué tiene un corazón, para qué siente! En fin hablemos de otra cosa. Oye, es preciso que hagamos algo. Ya me desespero de pensar qué haremos, y no sé.....no sé..... ¡sólo veo la miseria, la más espantosa miseria!

—Porque tú has sido siempre así: de todo te inquietas. Pues oye: es preciso que te tranquilices, que no pienses en eso, puesto que nada puedes hacer.

—Eso no; yo puedo aprender á hacer muchas cosas. ¿Cuántos ciegos hay que ganan la vida trabajando, unos de un modo y otros de otro? No, hija, yo aprenderé á trabajar.

—Bueno, bueno, aprenderás; pero mientras tanto, no pasarémos trabajos. He conseguido ya alguna costura, que algo deja, y entre tu madre y yo harémos coronas y ramos de flores, y vivirémos. Además, tu padre hace diligencias para que lo empleen de corrector de pruebas en una imprenta; ese trabajo no es duro, y seguramente lo conseguirá, puesto que es tan competente en materias de ese género. Con que ya ves que no hay por qué afanarse.

—Pero ¡ay! qué dolor me da, hija, que tengáis que trabajar para vivir. En fin, Dios lo ha querido: él sabe lo que hace. Y dime, ¿crees que se ganará lo suficiente para, para.....

—Sí, sí, para todo. No hay que pensar en eso.

—Gracias, hija, gracias. Siempre has sido buena y cariñosa conmigo, siempre, desde el día que nos casamos. ¡Dios te lo pague y te bendiga!.....Dime, hija, ¿y los muchachos?

—Están jugando. Voy á mandarlos acá para que te acompañen mientras salgo á hacer una diligencia. No tardaré: si necesitas algo en mi ausencia, puedes llamar á tu madre, que está en su cuarto. Vaya, pues, hasta ahora.

—Hasta ahora. Vuelves pronto, ¿eh?

—Sí, sí, ya estoy de vuelta.

Se besan tiernamente, parte la buena mujer, y queda solo otra vez el artista. Apenas ha pasado un minuto, cuando siente en la puerta del taller dos ó tres golpeitos dados por una

mano diminuta. Comprende al instante que es una de sus hijitas, que no quiere darse á conocer, y pregunta con dulce acento y prolongando mucho las sílabas: "¿Quién es?" Por toda contestación oye el pintor una gozosa risa infantil, tan suave que apenas la percibe su oído. Luégo siente los pasitos de su hija, que en vano se esfuerza por hacerlos parecer de una persona mayor. "¿Quién me viene á visitar?" pregunta de nuevo el artista, con la misma dulzura que antes. Entonces siente sus rodillas abrazadas por una criaturita de tres años de edad, que suelta en el momento una carcajada llena de alegría.

—No me conociste, papá, no sabías quién era. Y al pronunciar estas palabras, ríe otra vez, llena de júbilo y satisfacción.

—No te conocí: me engañaste. Yo creí que era algún viejo de barbas blancas, que venía á verme.

—Y era yo, que estaba andando como mi abuelito. Papá, ¿y aquella mariposa que tú tenías?

—¿Cuál, mi hijita?

—Aquella, ¿no te acuerdas? La que te dió un día mi mamá.

—¡Ah! sí; por ahí debe estar. ¿No está en la pared?

—¿En la pared? ¡Sí, allí está! Dámela, papá.

—¿Para qué, mi hijita? Si se rompe al tocarla; y además, no veo para cogerla.

—¿Y por qué no ves, papá? tú tienes los ojos abiertos.

—Sí, hija, pero no veo nada: estoy ciego.

—¿Y qué es ciego, papá?

—Eso, mi hijita, no ver nada: no verte á tí, ni á tu hermana, ni á tu hermanito, ni á nadie.

—¡Ah! ¿como cuando yo cierro los ojos?

—Eso es, lo mismo.

—Sí, papá, pero cuando yo los abro veo todo.

—Sí, y yo aunque los abra no veo nada. Dime, ¿dónde está tu hermanito?

—Lo sacaron á pasear.

—¿Y tu hermanita?

—Salió también, con mi mamá.

—¿De manera que te dejaron sola con tu abuelita?

—No, si ella también salió.

—¿Cómo? ¿tu abuelita también?

—Sí, papá, todos han salido.

—¿Y los sirvientes?

—Salieron también. No hay nadie más que nosotros en la casa.

—¡Válgame Dios! En fin, ya volverá tu madre: me dijo que no tardaría.

—¿Y para qué quieres gente, papá?

—No es que quiero gente, es que.....Nada, mi hijita, tú no comprendes.

—¿Y por qué, papá?

—Porque no. Dime, ¿qué hacías ahora.

—Estaba jugando con mi caballito; pero yo quiero que me den mi muñeca.

—¿Qué muñeca, mi vida?

—La que tú me diste, ¿no te acuerdas?

—Sí, ya me acuerdo: una rubia, vestida de azul, ¿no?

—No, papá; una de pelo negro, vestida de colorado, con sus medias y sus zapatos de hebillas. ¿No te acuerdas?

—Sí, sí, ya sé cuál es. ¿Y dónde está?

—Allá arriba, encima de aquella cómoda amarilla.

—Entonces tendrás que esperar á que venga tu madre, porque tú no puedes subir sola la escalera.

—Sí puedo, papá: yo he subido sola muchas veces.

—Muy mal hecho, porque te puedes caer; pero aunque subieras ahora, no alcanzarías la muñeca, puesto que está encima de la cómoda.

—Pero, papá, yo puedo acercar una silla para cogerla.

—No, mi hijita, no; te puedes caer. Espera á tu madre: ella te la dará.

—¿Y si no me la da?

—Si te la da, ya verás.

—No, papá, ya la voy á buscar.

—No, hija; ven acá: no te vayas.



EL SUEÑO DE LA INOCENCIA

—Ya verás como no me caigo—dice la niña, firme en su empeño de obtener la muñeca.

—Oye, ven acá: yo te acompañaré,—la dice el padre, lleno de angustia al sentir que su hija se aleja, y se incorpora, tendiendo hacia ella sus manos. La niña al verle en pie, retrocede, le toma una mano y le dice con gran desenfado: “Bueno iremos juntos: tú me cuidarás á mí, y yo á tí.” Y sale del taller la hermosa pareja: ¡la inocencia guiando al amor!

Andando paso á paso—la niña esperando siempre al padre, sin soltarle de la mano, observándole los pies, y estimulándole, de vez en cuando, á que ande, con un alegre “¡sigue, no te caes!”—llegan por fin al pie de la escalera y emprenden aquella temeraria subida. Alegre la niña, aferrado el padre, suben ambos lentamente, descansando los dos pies en cada escalón. Ya han ascendido algunos. Ya van por la mitad; pero aún les falta subir, y siguen, siguen, siempre subiendo. Ya llegan: sólo faltan cinco escalones; menos, tres.....dos.....uno. ¡Arriba al fin! El padre suspira profundamente y da gracias á Dios de haber llegado con felicidad.

—¿Ves, papá?—dice la niña,—¿ves como llegamos bien?

—Sí; pero todavía nos falta la bajada.

—Bajar es muy fácil, papá.

—Sí, hija: caer también es fácil, y nada hay más terrible !....

Ya están en el cuarto. El padre se aproxima á la cómoda, y después de tentar toda su superficie, encuentra la anhelada *niña* de las negras trenzas y se la entrega á su hija, que ríe alegremente al ver realizado su deseo.

En seguida salen de la habitación, se dirigen de nuevo á la escalera, y, después de detenerse un momento en el descanso, principian á descender. Bajan el primer escalón y se paran un instante; el segundo, lo mismo; el tercero, el cuarto; mas al pisar el quinto se le cae á la pobre niña su linda muñeca. El padre oye el grito que lanza su hija, é instintivamente, sin saber lo que ocurre, levanta enérgicamente el brazo para sostenerla; mas ella extiende su manecita y se inclina ha-

cia adelante para recobrar su tesoro. El padre hace un esfuerzo sobrehumano por conservar el equilibrio, pero en vano: el movimiento de la niña lo precipita y ambos ruedan, golpeándose y gritando, escaleras abajo, hasta el suelo !....

Ensangrentado, aturrido, temblando, lleno de espanto, levántase el infeliz, y oprimiéndose las sienes con las manos, grita con desesperación: “¡Hija mía, hija de mi alma! ¿dónde estás?”—pero nadie contesta. Se tiene un momento y escucha: ¡nada! reina el más profundo silencio. Vuelve á llamar, y á tientas, con las manos abiertas, los brazos extendidos, busca por todas partes, pero inútilmente. La agonía crece en su pecho, se desespera, retuerce los brazos, se mesa los cabellos, se queja, grita, llora, se ahoga! Y sigue buscando, buscando por todos lados á su adorada hija. Por fin, extenuado ya y loco de dolor, se arrodilla, alza al cielo su rostro, y, juntando las manos, clama humildemente y con acento lastimero: “¡Dios omnipotente, Creador de la luz, disipa estas tinieblas! ¡Jesús amorosísimo, refugio de los afligidos, dame luz, para encontrar á mi hija amada!”

Pronuncia el desdichado estas palabras y siente que, al partir de sus labios, toman alas y vuelan; las siente atravesar el espacio infinito; siente que llegan á las alturas celestiales, al trono mismo del Altísimo, y.....

—Papá, papá, levántate,—dice la niña, besando alegremente la mano de su padre,—hoy se te pegaron las sábanas.....

—¿Quién es, quién me llama?—pregunta el pintor, y abre los ojos, y ve, lo ve todo, ve á su hija en pie al lado de su lecho y la abraza, y la besa, y la colma de caricias; y todo lo comprende. “¡Oh! (exclama.) ¡Horrible sueño! ¡Bendito despertar!” Salta del lecho, busca á sus otros hijos, á su mujer, á sus padres y á todos los estrecha entre sus brazos, lleno de amor y arrasados los ojos en lágrimas de felicidad. Arrodillase en seguida, junta las manos, alza al cielo los ojos, y dice: “¡Gracias te doy, O Señor, por tu infinita misericordia!”

EMILIO CALCAÑO.

LOS DOS ANCIANOS

POR EL CONDE LEÓN TOLSTOY

Conclusión

Acercóse y vió una mujer tendida cara al suelo, detrás de la hornilla, con un esertor suave, ya avanzando un pie, ya retirándolo al momento. Luego se echaba de costado, y el mal olor partía de allí. «De seguro, la infeliz está gravemente enferma y nadie se ocupa de ella.»

Al cabo, la anciana levantó la cabeza y vió al visitante.

—¿Qué vienes á hacer aquí, extranjero?—preguntó con mal humor.—¿Qué quieres de nosotros? Hombre, no tenemos absolutamente nada.

Presintiendo Elíseo la última miseria en que estaban aquellas gentes, se acercó con dulzura á la anciana.

—Sierva de Dios—dijo—he venido aquí á pedir de beber.

—No tenemos á nadie para traernos agua. No tenemos absolutamente nada que darte. Sigue tu camino.

Elíseo añadió:

—Dime, pues, buen alma, ¿no hay nadie sano en casa? ¿Quién cuida entonces á la enferma?

—Te digo que no tenemos á nadie; nuestro hombre se muere ahí fuera, y nosotros nos morimos también aquí.

El muchacho, que se había callado al ver al forastero, volvió á gritar y lamentarse; y ahora que la vieja se había puesto á hablar, la tiraba de la manga, pidiendo con voz que desgarraba el corazón:

—¡Pan, abuelita; dame un bocado de pan que comer!

Elíseo iba á hacer otra pregunta á la vieja, cuando entró el campesino tambaleándose y cogiéndose á la pared; quiso sentarse en el banco, pero le faltó y fué á caer pesadamente al suelo. Sin hacer el menor esfuerzo por levantarse, quiso hablar; pero no logró más que producir sonidos inarticulados, viéndose en la necesidad á cada instante de tomar resuello para decir una palabra.

—La enfermedad—murmuró—nos ha sorprendido en medio del hambre. Mira: el hambre se lleva á éste.

Y llorando señaló con el dedo al muchacho. Elíseo se quitó de los hombros con presteza el saco de viaje, se remangó los brazos, puso el zurrón encima del banco y lo abrió.

Sacando un mollete y un cuchillo, cortó un gran pedazo de pan y se lo alargó al campesino. Sin embargo, éste lo rehusó, señalando al muchacho y á su hermanita.

—¡Ocupate sólo de los niños!

Elíseo dió el zoquete al que gritaba.

El niño, olisqueando el pan, agarró el pedazo con ambas manos y lo devoró con una especie de frenesí.

Entonces, una niña que salió de debajo del banco del hogar, arrastró ante Elíseo. También á ella la dió un trozo de pan. Luego cortó de la hogaza para la vieja y para el campesino. La mujer recibió su parte dando las gracias, y se puso á comerla con avidez.

—También necesitaríamos agua—dijo ella—Tengo como abrasada la garganta. Ayer á hoy, no sé ya cuando, quise ir en busca de agua para nosotros. Conseguí beber, pero no traerla; toda se derramó, y yo misma me caí entre el polvo. Con gran trabajo logré venir á rastras aquí. También la cuerda se ha quedado allá abajo. ¿Se la habrá llevado alguien?

Elíseo se informó de dónde se encontraba el pozo. La vieja le dió las señas. Fué allá, dió con la cuerda, trajo agua y apagó la sed de los desventurados. Los niños comieron otra vez pan con el agua.

La mujer enferma no abandonó su vacija; estaba sin conocimiento, y se tiraba sin cesar á derecha é izquierda.

Elíseo se apresuró á ir á la aldea, compró en una tienda mijo, sal, harina, manteca y una azuela.

De regreso con estas diversas cosas, preparó leña menuda y encendió lumbre en el hogar.

Elíseo hizo cocer una sopa y una papilla, y restauró las fuerzas de todos con aquella confortante refacción.

V

El aldeano comió también un poquito, la vieja tomó con mucho gusto su parte en la comida, los niños limpiaron los platos hasta sacarles brillo, y poco después, sostenidos en sus bracitos se durmieron con dulce sueño.

Entonces el aldeano y la vieja se pusieron á narrar cómo les había sobrevenido esa desventura.

—Tampoco antes—decían—vivíamos en un lecho de rosas, y este año nuestros campos no han producido ninguna cosecha; de suerte que en otoño tuvimos que apenar con nuestros ahorillos y valernos de todo. Cuando todo lo devoramos, fuimos á mendigar en casa de los vecinos ó de las personas caritativas. Al principio nos socorrian con gusto; más tarde se nos cerraron las puertas sin piedad. Los mismos ricos habían caído en la miseria. Cada día nos era más difícil el pedir; por todas partes debíamos, aquí la harina, allí el pan. En vano tomábame mil afanes por buscar trabajo; en ninguna parte lo había, nadie tenía trabajo que dar. Por todas partes ofrecíase la gente á trabajar sólo por el pan. La vieja y la niña iban á pedir limosna lejos; pero en todas partes, á causa de la escasez, faltaba hasta lo más estrictamente necesario. Sin embargo, íbamos tirando así esta lamentable existencia en espera de sostenernos hasta la recolección. Llegada la primavera, cesaron por completo las limosnas; y al mismo tiempo se presentó la funesta enfermedad que nos tiene clavados aquí. Todos hemos tenido que sufrir horrores. Un día teníamos algo que comer; luego había que pasar hambre durante dos días. Desde entonces empezamos á alimentarnos con hierbas. Sea por efecto de esta alimentación, sea por cualquiera otra causa, mi mujer fué atacada por esta horrible enfermedad. Ya no podía levantarse, y á mí también comenzaron á faltarme las fuerzas. Para salir de esta penuria, nos hacía falta de todo.

—Yo sólo—replicó la anciana—continuaba combatiendo con la miseria, desgastando mis últimas fuerzas, sin alimento, sin esperanza. Me quedé tullida; la pequeña también se quedó como una sombra, temblando y castañeteando. Quise enviar la criatura á casa de los vecinos, pero ella se resistía. Metida en un rincón, se negaba á salir de él. Anteayer vino una de nuestras vecinas, conoció que la enfermedad y el hambre tenían aquí su aposento, y se volvió atrás en seguida. Su marido la ha dejado, abandonándola con sus hijos en la miseria más abrumadora. Así, pues, estamos aquí sin esperanza, esperando á la muerte...

Al oír este relato que partía el corazón, Elíseo abandonó la idea de reunirse con su compañero desde el siguiente día; habíase resuelto con prontitud á quedarse por la noche.

Al otro día se levantó temprano, poniéndose en seguida á trabajar como si hubiera sido el amo de la casa.

Hizo la masa con la vieja y encendió el hogar. Después marchóse con la niña á casa de los ve-

cin, ocupándose en reunir lo que hacía falta inmediata.

—¿Qué necesitan esas gentes?

—Todo: han agotado hasta lo último que les quedaba. No hay nada en la casa, ni tienen ropa que ponerse.

Elíseo iba de casa en casa, sin violentarse por eso, recogiendo todo cuanto podía, unas veces proporcionándose con sus manos, otras con su bolsillo.

Así pasó en aquel sitio un día, luego dos y hasta el tercero.

El muchachito recobraba las rosas de sus mejillas, saltando encima del banco, colgándose de Elíseo y acariciándolo.

La niña, vivaracha y alegre otra vez, ayudaba con brío á todos los quehaceres domésticos.

Esa gente menuda corría tras de Elíseo, tendiéndole los brazos y llamándole "¡tito!"

La vieja también había recobrado el uso de las piernas. El aldeano iba por la casa, agarrándose á las paredes. Sólo la mujer continuaba echada; pero al tercer día recobró el conocimiento y pidió de comer.

—¡Dios mío—dijo para sí Elíseo—cómo había yo de creer que me iba á estar aquí tanto tiempo! Ahora, es menester que me marche ya.

VI

El cuarto día era festivo, y Elíseo pensó: "Voy á pasar también la fiesta con estas gentes; les compraré una friolera con tal ocasión, y hacia el atardecer me pongo de nuevo en camino..."

Elíseo volvió á la aldea, donde compró leche, harina y manteca fresca de cerdo. En seguida se puso á cocinar con la vieja. Por la mañana temprano Elíseo se fué á misa, luego regresó á casa y se sentó á la mesa con las pobres gentes. La mujer también estaba levantada, probando á ir y venir.

El aldeano se afeitó con esmero y se puso camisa limpia, lavada por la vieja; luego se fué al pueblo á casa de un rico labrador para implorar su caridad y su misericordia. Había tomado en arriendo de ese rico labrador un pégual y un prado de heno; por eso el pobre hombre había ido á pedirle si no podría dejarle hasta la nueva recolección la tierra y los pastos.

Hacia la tarde regresó de su penosa caminata; volvió á casa abatido y comenzó á llorar amargamente. El rico labriego no había dado señal ninguna de conmiseración, limitándose á responder con dureza: "¡Tráeme la renta!"

Acometióle otra angustia á Elíseo.

—¿Cómo se las van á arreglar estas gentes para vivir? Los demás van ya á la corta del heno, y ellos no tienen nada. Bien pronto estará maduro el trigo (y este año la madre tierra da preciosos frutos), y ellos nada tienen que cosechar; y es vano intento el suyo de apiadar al rico cultivador. Si hoy les abandonase yo, bien pronto volverían á caer en la más horrible miseria...

Elíseo se sentó meditabundo, quebrándose los cascos con el asunto de los queridos pobres, y no partió, quedándose una noche más.

Buscó en el corral un sitio donde acampar, rezó sus oraciones y se acostó, pero sin que á él acudiese el sueño. Por una parte sentíase tentado á ponerse en camino (había ya consumido demasiado tiempo y dinero allí), y por otra parte esas pobres gentes le preocupaban mucho. "Sin embargo, no puedes aliviar todas las miserias. Sólo quería compartir con ellos un pedazo de pan; y ¿qué ha sucedido? Ahora se trata de rescatar el prado de heno y el campo de trigo. En seguida se necesitará una vaca para la mujer y los niños, un caballo para el labriego. Te has dejado arrastrar por tus impulsos, hermano Elíseo Kusmitsch."

Levantóse Elíseo, desdobló el caftán que tenía puesto por almohada, lo sacudió, sacó la tabaquera y tomó un polvo para aclarar las ideas; pero en vano meditaba, no encontró ninguna buena.

Le era preciso ponerse en camino, y aquellas pobres gentes desconsolábanse con su partida. No sabía por dónde comenzar. Acabó por doblar de nuevo el caftán, se lo puso por almohada y se echó otra vez.

Permaneció allí varias horas sin poder conciliar un momento el descanso hasta que cantaron los gallos.

Sólo entonces le entró un ligero sueño. Luego, de pronto, sobresaltóse como si alguien le hubiese despertado. Soñaba estar vestido del todo, dispuesto á partir con alforja y palo, y quería salir por la puerta; pero ésta, nada más que entornada, apenas podía dar paso á un hombre. Quedase detenido por el saco y se esfuerza por saltarse, pero se enreda por el otro lado con una de las cintas que le sujetan el calzado. Al esforzarse en recobrar la libertad, ¿qué ve? No es la puerta lo que le retiene, sino la niña, agarrada á él y gritándole:

—¡Tío, tío, más pan!

Y al mirarse los pies nota que el niño le retiene por el calzado.

El campesino y la vieja le miran desde la ventana.

Elíseo se despertó, y hablando en voz alta se dijo: —Quiero desempeñar la pradera y el sembrado, quiero también comprar un caballo para el labriego y una vaca para los niños. Sin esto, por más que viajase cruzando los mares en busca de Cristo, lo perdería dentro de mi alma. Tengo que ayudar á estas gentes.

Tras lo cual, durmióse profundamente Elíseo hasta entrada la mañana.

Levantándose temprano aún, se fué á casa del rico labrador, rescató el sembrado de centeno y dió también el dinero de la pradera.

Además compró una hoz (la antigua habíala vendido cuando hubo penuria) y la condujo á la choza.

Envió al campesino á segar; él mismo corrió á la ventura entre las gentes de la aldea; en casa del tabernero encontró un caballo vigoroso y un carro barato. Pronto estuvieron conformes en el precio, y Elíseo cerró el trato; luego trató de proporcionarse una vaca.

Yendo por el camino alcanzó á dos muchachas del lugar.

Iban con lentitud y hablaban alegres.

Elíseo oyó que él era el asunto de su charla. Una de las mozas le decía á la otra.

—Al principio no sabían qué especie de hombre pudiera ser, y pensaban que sólo sería un peregrino cualquiera. Les ha desempeñado todo. Y hoy he visto yo misma cómo estaba en tratos con el tabernero acerca de un caballo y un carro. ¿Conque hay tales hombres en el mundo? Vamos; podremos verle...

Al oír esto, Elíseo comprendió que estaban alabándole; no quiso ir adelante para comprar la vaca. Se volvió con presteza á la taberna, pagó el precio del carro y de la caballería, y se dirigió á la cabaña con su compra. Al llegar á la puerta se detuvo y bajó del carro.

El campesino y las mujeres se quedaron con los ojos muy abiertos. Se les vino á las mientes la idea de que el caballo se había comprado para ellos, pero no se atrevían á darlo á entender.

El labriego salió á abrir la puerta. —¿Qué se te ha puesto en la cabeza? ¿Para qué es ese caballito, tío?

—He comprado el caballo, poque lo vendían barato. Cuida bien de que para la noche tenga forraje fresco en la caja del carro.

El campesino desenganchó el caballo, según una brazada de hierba y la puso en la caja del carro.

Fuéronse todos á acostar.

Elíseo estableció su campamento en el camino, llevándose también para la noche el saco de viaje. Cuando todo el mundo estuvo profundamente dormido, Elíseo se levantó, lió el petate, se metió las botas, se echó al hombro el caftán y se puso en marcha para buscar á su hermano Jefin Farassitsch.

VII

Cinco verstas había recorrido Elíseo, cuando comenzó á oscurecerse el día. Se puso debajo de un árbol, abrió el saco y contó el dinero que le quedaba para el camino.

Sólo tenía ya diez y siete rublos y veinte kopecks.

—¡Oh, Dios mío!—dijo, sonriéndose tristemente—lo que es con esto no podría yoirme á bogar más allá de los mares. Irme pidiendo limosna por amor de Dios, cargaría mi alma de pecados y acritudes. El padre Farassitsch llegará éi solo y pondrá un cirio por mí. El Señor es misericordioso y tendrá paciencia hasta que pague mi deuda de peregrinación.

Elíseo se puso con presteza en camino, hacia su hogar querido.

Solamente que evitó pasar por la aldea, dando un largo rodeo, por temor á que las gentes reparasen en él. Y realizó su largo viaje con asombrosa rapidez.

A la ida, arrastrábase con trabajo en pos de Jefin; á la vuelta, Dios le daba pasmosas energías, tanto que ya no se fatigaba. Sin sentirlo recorrió la gran distancia, agitando alegre el báculo de peregrino y caminando sesenta verstas al día.

Y á la postre, anda que andarás, volvió á ver su choza. Habían entrojado ya el grano. Los suyos le recibieron con el más vivo regocijo.

Y comenzaron á interrogarle el por qué y el para qué. "Por qué había abandonado á su compañero, por qué no había ido más adelante, por qué había vuelto piés atrás."

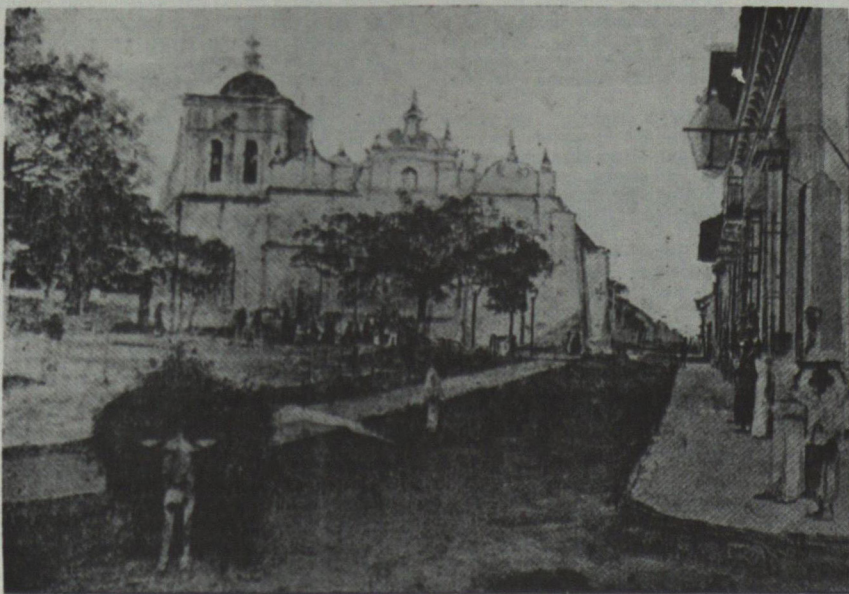
Elíseo no soltaba contestaciones muy claras.

—Es que no era voluntad de Dios en modo alguno; me he quedado á medio camino á causa de mi dinero, y lejos, muy atrás de mi amigo. De suerte que no he podido proseguir mi viaje; séanme perdonados mi pecados por amor de Jesucristo.

Y alargó á la vieja la corta suma que le quedaba; luego se informó de los asuntos domésticos. Todo iba bien, las cosas en el mejor orden, por ninguna parte negligencias en la casa, y todos vivían con unión y buena inteligencia.



Caracas. — Los Hijos DE DIOS



PLAZA Y TEMPLO DE LAS MERCEDES EN CALABOZO. — Venezuela

El mismo día supieron los parientes de Farassitsch el regreso de Eliseo y se apresuraron á verle, pidiéndole noticias del ausente.

Eliseo les dió la misma respuesta:

—Vuestro pariente ha ido con paso de carga; tres días después de la fiesta de San Pedro nos separamos; contaba yo reunirme con él más tarde, pero sobreviniéronme aventuras que lo impidieron; se me iba el dinero de las manos, ya no me quedaba lo necesario para costear ese largo viaje y he preferido volverme á casa.

Todo el mundo estaba sorprendido. ¿Cómo era posible que un hombre tan agudo hubiera obrado tan tontamente? ¡Ir en peregrinación, detenerse á medio camino, para retroceder después de desperdiciar ese precioso dinero!

Asombráronse al principio, pero después ya no pensaron más en ello.

También Eliseo había olvidado. Ejecutaba con actividad sus cotidianas labores, se ocupaba con su hijo de la provisión de leña para el invierno, espaleaba el trigo con las mujeres, renovaba la techumbre del cobertizo, disponía las colmenas para la invernada; dió al vecino diez colmenas y sus enjambres nuevos. Su mujer hubiera disimulado de buena gana entre las colmenas vendidas las

que habían cesado de enjambrar, pero Eliseo sabía con exactitud las que habían quedado improductivas, las que no enjambaban ya, y dió al vecino diez y siete colmenas de abejas en lugar de diez.

Después de haberlo puesto en orden todo, envió á su hijo á que hiciese las compras necesarias, y se instaló para el invierno, entreteniéndose en tejer escarpines de paja y en construir casitas para las abejas.

VIII

Mientras Eliseo permaneció entre los hambrientos enfermos de la cabaña, Jefin Farassitsch había esperado un día completo á su camarada. Solo había recorrido una distancia corta, luego esperó otro poco, echó un sueñecillo, se despertó, sentóse otro rato más, ¡ni huellas del amigo!

Sus ojos ya no veían en fuerza de mirar.

Trasponía el sol las copas de los árboles y Eliseo sin parecer.

—En último término—pensó—tal vez se me haya adelantado, ó quizá habrá pasado en carruaje, recogido por alguien, sin mirar hacia á mí, mientras yo dormía por ahí. Sin embargo, no; hubiera tenido que verme. En la estepa se ve de lejos. ¿Debo volver pies atrás, cuando tal vez se apresu-

ra delante de mí? Nos extraviaríamos por completo y las cosas irán de mal en peor. Más vale seguir adelante, y á la noche nos encontraremos.

Jefin llegó á una aldehuela; allí rogó al vigilante que si llegaba al pueblecito un hombre de edad le indicase tal cabaña.

Sin embargo, Eliseo no llegó.

Continuó Jefin su camino, informándose por todas partes acerca de si habían visto á un viejo con la cabeza calva.

Nadie le había visto.

Jefin no sabía lo que pensar y peregrinaba solitario.

“Acabarémos por encontrarnos en alguna parte—decía en su fuero interno—tal vez en Odessa, quizá en el buque.” Y no se preocupó más.

Encontróse en el camino con un romero de la secta de los “sin-curas”, una secta antigua de la iglesia griega. Ese “sin-cura”, de capuchón y casulla, con larga cabellera suelta sobre los hombros, había estado ya en el monte Athos é iba otra vez en peregrinación á Jerusalén. Se habían encontrado donde durmieron, se habían puesto á charlar y prosiguieron juntos el camino en adelante.

Llegaron á buen puerto, á Odessa.

Durante tres días esperaron buque.

Gran número de piadosos peregrinos esperaban igualmente para embarcarse.

De nuevo Jefin buscó á Eliseo; nadie le había visto.

El peregrino de la secta disidente enseñó á Jefin la manera de hacer la travesía sin aflojar la bolsa, pero Jefin despreció semejante sugestión.

—Más me gusta pagar con mi bolsillo—dijo—para eso lo he traído.

Pagó cuarenta rublos en plata por el billete de ida y vuelta, y compró pan y arenques para su viaje por mar.

El buque embarcó su cargamento, y los peregrinos subieron á bordo.

Levaron anclas, soltaron amarras y bogaron adelante sobre las azules hondas.

Durante el día, todo fué bien; por la tarde se levantó un viento fuerte y cayeron del cielo torrentes de lluvia.

Empezó el buque á cabecear y grandes olas inundaron de agua la cubierta.

Los pasajeros se echaban anhelantes á babor y á estribor, las mujeres daban gritos de espanto, y muchos hombres poco animosos iban de un lugar á otro en busca de un resguardo seguro.

Tampoco Jefin estaba tranquilo, sin aparentarlo, no obstante. ¿Dónde se había instalado en seguida de embarcarse? En compañía de algunos ancianos de Tambú, permaneció toda la noche y el día inmediato sobre cubierta. Cada cual guardaba su ajuar y permanecía en silencio. El tercer día amainó el viento y restablecióse la calma. El quinto, entraba el buque en el puerto de Constantinopla. Muchos peregrinos desembarcaron y fueron á contemplar el magnífico templo á la Omnisciencia divina (Santa Sofía), que hoy ocupan los turcos.

Farassitsch prefirió permanecer á bordo. Después de cuarenta y ocho horas aguantando al ancla, pusieron de nuevo proa al largo.

Más adelante hicieron escala en el puerto de Smyrna y cerca de otra ciudad, Alejandría; y, por fin, al cabo de una larga travesía, deslizóse el buque en aguas de la rada de Jaffa.

Todos los peregrinos desembarcaron junto á Jaffa; desde allí á Jerusalén no hay más que setenta verstas que andar á pie.

Al desembarcar, aun tuvieron que pasar duras angustias los mandriars. Desde la alta borda del buque, los peregrinos eran botados en una canoa; ésta cabeceaba tanto, que temían, no ya caerse dentro de la cáscara de nuez, sino al agua; dos hombres se mojaron; sin embargo, arribaron felizmente á tierra.

Ya estaban en Tierra Santa.

Todos los peregrinos pusiéronse juntos en marcha.

Al cabo de cuatro días llegaron á Jerusalén.

Fuera de la ciudad, hallaron alojamiento en la hospedería rusa. Hicieron registrar sus pasaportes, y después de comer, los peregrinos se encaminaron á los Santos Lugares.

Aún estaba sin abrir la entrada del sepulcro del Salvador.

Fueron entonces á misa al convento del Patriarca, oraron á Dios, y pusieron cirios ante las santas imágenes.

En seguida contemplaron desde fuera la “Resurrección”, parte del templo donde se encuentra el sepulcro de Cristo. Todo el templo está tan recargado de construcciones, que ya no se le puede ver. Luego, en aquella primera jornada, visitaron la celda de Santa María Egipcíaca, donde ésta se convirtió. También allí ofrecieron cirios y recitaron una plegaria en acción de gracias. Hubieran deseado ir la misa mayor en el Sepulcro de Cristo, pero llegaron ya tarde. También fueron al Monasterio de Abraham. Allí vieron el jardín de Saweka, el sitio donde Abraham quería hacer su sacrificio. En seguida visitaron el lugar don-

de Jesucristo se apareció á Santa María Magdalena; luego la iglesia de Jacob. El disidente les enseñaba todas las estaciones; y en cada una sabía indicar con exactitud cuánto dinero había que sacrificar, dónde había que poner los cirios. Al cabo se volvieron á su hospedería.

En el momento de ir á acostarse, el disidente exclamó de pronto, registrándose la ropa, volviéndose todos los bolsillos: "Me han robado la bolsa, con todo el dinero—veinticinco rublos en dos billetes de á diez rublos, y el resto en moneda menuda;"—dijo á Jefin, confiándole su penuria. Quejóse largo tiempo, y al fin se acostó.

IX

Jefin permanecía despierto en la cama, atormentado por una mala sospecha: "¿Cómo han de haberle escamoteado su dinero, si no tenía ninguno? En ninguna parte ha pagado nada. ¡Siempre me ha indicado con interés lo que yo tenía que gastar, pero él no ha pagado nunca nada, y hasta se dió buena maña para sacarme un rublo á préstamo!"

Jefin, el hombre de honor, gruñó así algún tiempo, hasta que se hizo á este propósito amargas recriminaciones: "No me está bien el juzgarle; no hago más que amontonar pecados sobre mi cabeza. No quiero pensar más en ello."

Sin embargo, apenas había dado otro curso á sus ideas, la misma sospecha acudía á su mente: "Dios es sabedor—pensó de nuevo—de que el hombre jamás ha tenido dinero. Todo eso no es más que un amaño..."

El siguiente día, todos estaban de pie muy temprano; fueron á misa al gran templo de la Resurrección, al Sepulcro del Señor; y el disidente siempre se pegaba á Jefin.

Entraron en la casa de Dios. Apretábanse allí considerable multitud de devotos, piadosos peregrinos de todas las naciones, rusos, griegos, armenios, turcos, sirios y otros muchos.

Jefin penetró entre el gentío por la Puerta Santa; luego, frente al cuerpo de guardia turco, vió el sitio donde el Redentor fué bajado de la cruz y ungido con perfumes; allí hay colgadas nueve arañas de colosales dimensiones y cuyos cirios difunden por el ámbito oleadas de luz.

Jefin puso allí un cirio.

Luego, haciéndole subir el disidente algunos escalones por la derecha, le condujo á la estación del Gólgota, donde fué erigida la cruz de Cristo; en ese lugar permaneció Jefin un instante en profunda adoración.

Después le enseñaron también la rotura del suelo, donde había temblado la tierra abriéndose las tumbas de que surgieron los cuerpos de los Santos; más lejos, el sitio en que los pies y las manos del Salvador fueron clavados á la cruz; y, por último, la misma tumba de Adán.

Llegaron á la piedra donde Jesucristo se había sentado mientras le clavaban la corona de espinas en la cabeza, y á la columna en que ataron al Señor mientras le azotaban.

Jefin vió también una piedra con dos huellas. Dijéronle que allí se habían posado los pies del Señor.

Querían enseñarle aún otras muchas estaciones santas, pero la muchedumbre le arrastraba: toda ella iba empujándose hacia la gruta donde se encuentra el Sepulcro del Señor. Acababan de terminar allí el servicio religioso de una creencia extranjera, y comenzaba la misa de los ortodoxos.

Jefin se encaminó á la gruta con todo el pueblo. De nuevo trató de separarse del disidente, pecando siempre con el pensamiento; pero aquel hombre indiscreto no le abandonaba y seguía á todas partes, al oficio divino, al Sepulcro del Señor. Allí quisieron aproximarse, pero precediéronles otros. La multitud se apretaba tanto, que no podía darse un paso adelante ni atrás. Jefin estaba en medio, en medio, mirando adelante, mascullando sus preces, y no podía por menos de tocarse los bolsillos para vigilar su bolsa.

X

Allá está Jefin de pie, rezando tranquilo y mirando con los ojos fijos el Santo Lugar donde Nuestro Señor fué puesto en el Sepulcro, y donde en la actualidad treinta y seis lámparas difunden espléndida luz.

Allá está, recogido, contemplando por encima de las cabezas... Santo Dios, que maravilla!

Derecho al pie de las lámparas, delante de todos los que rezan, hay un anciano vestido con el caftán de paño burdo del labriego; y su cabezaj enteramente calva, tiene un lustre brillante, lo mismo que la de Eliseo Bdorow.

—¡Muchísimo se parece al viejo Eliseo—decía para sí;—pero, es imposible que sea él. ¿Cómo había podido llegar antes que yo? El buque que nos precedió había salido una semana justa antes. Sin embargo, no podía haber llegado tan pronto á Odessa. Con seguridad que no iba en nuestro barco: he visto con mucha atención á los peregrinos.

Mientras Jefin reflexionaba, el viejo había comenzado á orar; se encorvó profundamente por tres veces: la primera, de frente, ante Dios, y en seguida hacia el conjunto de los ortodoxos, á ambos lados. Y al volver el anciano la cabeza á la derecha, Jefin le reconoció instantáneamente. ¡Poder divino! El viejo Bdorow en carne y hueso! ¡La barba oscura agrisándose por las mejillas, las cejas, los ojos, la nariz, el rostro entero, que tan bien conocía! No cabe duda: ¡era Eliseo Bdorow!

Vivo gozo iluminó el rostro del viejo al encontrar á su antiguo hermano, y llenóse de asombro, preguntándose cómo se las habría arreglado Eliseo para llegar antes que él.

—Bueno, bueno, antiguo camarada mío—murmuró;—te veo muy abajo, has sabido encontrar un buen guía. Al salir te pescaré, mi viejo, y soltaré á mi disidente. En lo sucesivo, peregrinaré contigo, Eliseo, y sabrás guiarme bien á las Santas Estaciones.

Jefin no perdía de vista á Eliseo.

Concluyó la misa, el gentío se puso en movimiento, todos se apretaban para besar la cruz—el empuje era cada vez más brutal;—Jefin se vió echado á un lado. Y de nuevo le entraron temores de que le robasen la bolsa. Apretó el bolsillo con la mano y se esforzó por desprenderse, luchando con todas sus fuerzas para salir.

Habiendo conseguido topar con la salida, se fué delante del templo, buscando febrilmente á Eliseo.

Aguardó mucho tiempo, pasando revista á todo el mundo; pero no pudo descubrir á su amigo.

Fatigado al fin de ese darle vueltas á la noria, se fué para buscar la hospedería donde hubiera pasado la noche Eliseo Bdorow.

De todas partes tuvo que volverse sin haber descubierto al anciano.

El mismo día desapareció el disidente. Había partido, y con él el rublo. Jefin se quedó solo.

El día siguiente, Jefin volvió al Santo Sepulcro, esa vez con uno de los ancianos de Tambá, á quien había conocido en el buque. Trató de colocarse lo más adelante posible, pero le echaron á un lado; allí se apoyó en una columna y se puso á rezar.

Entonces miró en torno suyo. Y de nuevo vió allá abajo, al pie de las lámparas, derecho ante el Sepulcro del Señor, en el sitio más santificado, al viejo Eliseo; allí estaba, con los brazos extendidos, semejante á un sacerdote bendiciendo en el altar, y una hermosa claridad rodeaba su desnuda cabeza.

—Alto ahí—se dijo Jefin—lo que es hoy, de seguro que no te lo dejo escapar.

Y de nuevo luchó á brazo partido por adelantarse. Tomando aliento, miró: Eliseo ya no estaba allí; evidentemente, había partido ya.

El tercer día, lo mismo. Va Jefin á misa. Y de nuevo, ¿qué ve? A Eliseo, de pie en el muy Santo Lugar, á la vista de todos. Con los brazos extendidos, miraba arriba cual si contemplase alguna cosa encima de él.

Y una extraña luz circundó la calva cabeza del anciano.

—Alto ahí—se dijo con rabia Jefin—hoy sí que te cojo; me quedo de guardia á la puerta. Esta vez no marraremos.

Salió Jefin, esperando otra vez después á que todos el mundo desfilara ante él. Pero Eliseo no estaba entre los salientes.

Jefin pasó seis semanas en Jerusalén y visitó los Santos Lugares todos: vió Belén, Betania, al río Jordán; en el Santo Sepulcro hizo que le imprimiesen el santo signo en una camisa nueva, para que más tarde le sepultasen con ella; tomó también un vaso de agua del Jordán, un poco de tierra santa y cierto número de cirios benditos—gastó mucho dinero en objetos devotos y á la postre tuvo que pensar en el regreso á su casa, con el dinero justo que le hacía falta para ello.

Se dió prisa á irse á Jaffa, se embarcó para el puerto de Odessa y regresó á pie á su querida aldea.

XI

De nuevo tuvo Jefin que atravesar solo grandes extensiones. Cuanto más se acercaba á su hogar, más le venían á las mientes sus antiguas preocupaciones: ¿cómo habría andado la casa sin él?

—En un año—murmuró—pasan muchas aguas bajo el puente. Se necesita una vida entera para fundar una casa y poquísimo tiempo para destruirla. ¿Cómo habría dirigido y administrado su hijo durante la ausencia? ¿Cómo se había presentado la primavera? ¿Cómo había pasado el invierno el ganado? ¿Se habría construido la nueva casa con solidez...?

Jefin atravesó de nuevo la comarca donde el año anterior había perdido de vista á Eliseo.

No era conocida la población.

Donde el año último reinaban el desconsuelo y la miseria, todo el mundo vivía este año con un bienestar placentero.

Los campos habían producido rica mies.

La población nadaba de nuevo en la abundancia, y habíanse olvidado los anteriores sufrimientos.

Un día se acercó Jefin al mismo sitio donde el año precedente se había quedado Eliseo. Apenas entró en la aldea, cuando una pizpireta niña salió por detrás de una casita:

—¡Tío, tío! ¡Venite á casa!

Jefin quiso pasar, pero la niña no quería dejarle; se le agarró á los vestidos, y le condujo á la choza. Allí se presentó una mujer con un niño pequeño, y en seguida empezó á hacerle señas:

—Entra un momento en nuestra casa, abuelo; comerás con nosotros y pasarás también la noche. Jefin accedió.

—Bueno—pensó;—con eso me informaré de si saben algo de Eliseo; si no me equivoco, esta es la casa donde entró para apagar la sed.

Jefin penetró en la cabana, la mujer le presentó agua para lavarse y le ofreció en la mesa el puesto de honor. Fué á buscar leche, *piroggis* pequeños, y los puso encima de la mesa.

Farassitsch la dió las gracias por aquella amistosidad acogida hecha al peregrino. Pero la mujer meneó la cabeza, defendiéndose.

—No podemos hacer otra cosa—dijo—sino acoger amistosamente á los peregrinos. De un peregrino hemos aprendido á conocer la verdadera vida. Pasábamos nuestros días olvidándonos de Dios y hundidos en el pecado. Entonces Dios nos castigó tan duramente, que sólo la muerte esperábamos. Era tan grande la miseria en que habíamos caído, que no teníamos ni una migaja de pan que comer, y nos habíamos tirado al suelo con el estertor de la agonía. Sólo esperábamos la muerte, y Dios nos envió un salvador, un amable anciano como tú y el cual se te parecía. Eran las doce del día. Entró, pidió un poco de agua, y cuando vió nuestra penuria tuvo tal piedad de nosotros, que no pudo volver á marcharse. Nos dió de comer y de beber, nos reanimó, rescató nuestros bienes de las garras del judío, compró un carro con un caballo y nos los dejó.

Una mujer anciana entró en la estancia é interrumpió á la que hablaba:

—En verdad que no sabemos si era un hombre ó un ángel de Dios. Nos colmó con sus beneficios, y luego se fué sin decir una palabra; por nada del mundo sabemos por quién debemos pedir á Dios. Estaba yo ahí, esperando la muerte, cuando vi á un viejecito, un hombre ordinario—sólo que era calvo—quien entró pidiendo agua. Yo, pobre pecadora, murmuré: "¿Qué viene á hacer aquí este mendigo?" Y el santo hombre, que conocía nuestra miseria, quitóse al punto el saco de viaje, lo puso aquí y lo abrió...

La niña accedió charlando á meter baza:

—No—dijo—no es así; primero puso el saco en tierra en medio del cuarto, en seguida lo cogió otra vez y lo puso en el banco.

El campesino regresó al atardecer, en su carreta tirada por el caballo que dejó Eliseo, y comenzó también á contar á cerca del hombre de Dios, que tanto bien les había hecho.

—Si no hubiese venido á nuestra casa, hubiéramos partido todos para allá abajo en pecado mortal... habríamos muerto con la más amarga desesperación, maldiciendo á Dios y á los hombres. El nos ha vuelto al buen camino; por el amor, por él, hemos conocido otra vez las vías de Dios y recuperado la creencia en los hombres buenos. ¡Bendígame por ello Jesucristo, y recompense á su alma con el reino de los cielos!

Después que las buenas gentes hubieron confortado á Jefin, le ofrecieron la mejor cama y en seguida se acostaron.

Jefin se echó; el sueño huía de sus párpados. No se le apartaba del pensamiento el viejo Eliseo, tal como lo había visto por tres veces en Jerusalén, siempre en el lugar más eminente.

—¡De este modo me ha excedido!—se decía.—Es muy dudoso si mi sacrificio habrá sido aceptado ó no; pero el suyo, con toda seguridad que ha sido acepto para Dios.

El día siguiente se despidió de sus huéspedes, quienes le habían provisto de *piroggis* para el camino.

XIII

Jefin había pasado un año entero en remotos países. A la primavera se encontraba muy próximo á su residencia.

Llegó á su casa una noche. Su hijo no estaba allí, sino en la taberna. Volvió tambaleándose, ebrio completamente. Jefin se apresuró á abrumarle á preguntas. De ello sacó que el alegre bebedor había dilapidado la casa en ausencia de su padre. El aguardiente se había llevado el dinero, los negocios estaban en absoluto abandonados...

Farassitsch comenzó á echarle la escandalosa á ese desnaturalizado. Este replicó con insolente grosería.

—Deberías haberte quedado tú mismo en casa, en vez de irte por ahí á pasear de andorrero...

contestó el pecador empedernido.—Pero te largas alegremente á correrla lejos, llevándote encima todo el dinero, y ahora vienes á reclamármelo á mí. Apoderóse la cólera del anciano y dió un bofetón á su hijo.

Al día siguiente se presentó Jefin en casa del alcalde para devolverle el pasaporte. Luego llegó delante de la casa de Elíseo.

La vieja mujer de éste, ocupada en la escalera, le dió los buenos días amistosamente:

—Buenos días, compadre—le dijo sonriéndose con dulzura.—¿Has realizado tu larga peregrinación con buena salud?

Jefin Farassitsch se detuvo.

—¡Bendito y alabado sea Dios!—respondió.—No me ha faltado buena salud, pero perdí en el camino á tu viejo. ¿Conque es verdad lo que me han dicho, que hace largo tiempo que está aquí?

Esto era para la vieja echarle agua al molino: la charla era el regocijo de su corazón.

—Sí, en casa está hace mucho tiempo de regreso el que nos da de comer. Creo que fué por la fiesta de la Asunción. ¡Qué alegría y que gozo en la casa, que Dios nos lo ha traído! En realidad estaba demasiado triste sin él. El trabajo de sus manos no es ninguna maravilla: los buenos años pasaron. Pero su cabeza vale más oro que pesa, y él es quien nos alegra. Nuestro mozo estaba loco de alegría. "Sin padre—dijo—es como si yo no viese la luz del sol. Cuando nos falta, en todas partes estamos tristes, contando los días y las horas hasta el de su esperado regreso."

—Di, madrecita, ¿está ahora en casa?

—Está, querido amigo, en el jardín con las abejas, ocupado en hacer que entre de nuevo un enjambre. ¡Magnífico año para los enjambres! Dios ha dado tal vigor á las abejas, que mi viejo no recuerda haber visto jamás cosa igual. Sin embargo, nosotros pecadores no hemos merecido que Dios nos bendiga así. Entra un poco, amigo nuestro. ¡Que ojos va á poner nuestro viejo!

Jefin atravesó el vestíbulo, después el corral, para ir al jardín de Elíseo. He aquí lo que vio. Elíseo, de pie, sin gorro ni guantes protectores, con su viejo caftán, debajo de un álamo blanco, con los brazos extendidos mirando arriba, y un extraño resplandor saliendo de su calva cabeza, exactamente lo mismo que antaño en Jerusalén, en el Sepulcro de Nuestro Señor. Encima de él, recordándole igualmente á Jerusalén, los rayos del sol chispean, formando cien y cien llamas á través del claro follaje, y en torno de su cabeza pequeñas abejas con alas de oro forman una corona, zumbando acá y acullá, sin picarle.

Lleno de asombro permaneció inmóvil Farassitsch.

Entonces la mujer de Elíseo llamó á su marido por su nombre.

—¡Mira, tu compadre ha vuelto!

Elíseo volvió la cabeza y vivo gozo iluminó su mirada; acudió con presteza al encuentro del antiguo amigo, echando dulcemente de la barba las abejas.

—Buenos días, primo: buenos días, querido... ¿Te salió todo bien?

Y respondióle Jefin:

—Bien he movido los pies. Te traigo agua del Jordán.

CONDE L. TOLSTOV.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

La *María* proyectaba sobre la superficie del mar una larga sombra, que parecía verdaera en medio de aquella extensión pulimentada que reflejaba las blancuras del cielo. En todo lo que ocupaba aquella sombra, se podía distinguir por la transparencia del agua lo que pasaba bajo las ondas: miriadas y miriadas de peces, todos iguales, se deslizaban suavemente en la misma dirección, como persiguiendo un mismo fin de su perpetuo viaje. Eran los bacalaos, que ejecutaban sus evoluciones, guardando en su marcha notable paralelismo. A veces, con un coletazo brusco, se volvían todos á un mismo tiempo, mostrando su brillante vientre plateado; y á poco, el mismo coletazo, la misma vuelta, se propagaban en el banco entero por ondulaciones lentas, como si millares de láminas de metal hubiesen despedido entre dos aguas un pequeño relámpago cada una.

El disco solar, ya muy bajo, iba descendiendo más todavía, indicando la proximidad de las horas que en nuestras latitudes corresponden á la noche. A medida que se aproximaba á las zonas de color de plomo que avecinaban el mar, tornábase amari-

lento, y su círculo se dibujaba más claro, más real. Se le podía mirar, como se mira á la luna, sin que la vista se sintiese ofendida lo más mínimo.

Alumbraba, sin embargo; pero hubiérase dicho que no se hallaba situado muy lejano en el espacio: creíase que yendo en un barco nada más que hasta el extremo del horizonte, se tropezaría con aquel gran globo triste, flotando en el aire á algunos metros sobre las aguas.

La pesca iba bien y de prisa; mirando á través del agua, se veía perfectamente á los bacalaos morder el cebo con un movimiento de glotonería, y sacudirse en seguida al sentirse pinchados por el anzuelo, con lo que sólo conseguían clavárselo mejor. Y de minuto en minuto los pescadores tiraban de su cordel, arrojando el animal palpitante al encargado de abrirle el vientre y sepultarlo en el barril de sal con sus congéneres.

La flotilla de los barcos paimpoleses estaba esparcida sobre el tranquilo espejo, animando con su presencia aquellas soledades. Aquí y allí se divisaban á lo lejos las velas, desplegadas no más que por la forma, pues ya hemos dicho que no se sentía el más leve soplo de la brisa.

¡Ob! aquel día el oficio de pescador en Islandia era agradable y fácil; casi un oficio de mujer.

Juan Francisco armaba un cisco,
¡Juan Francisco!
¡Juan Francisco!

Así seguían cantando Juan y Silvestre, los dos niños grandes.

Debajo de la cubierta, en la camareta descrita al principio de este relato, ardía siempre el fuego del hornillo, y la boca de escotilla permanecía cerrada para procurar la sensación de la noche á los que tenían necesidad de sueño. Cada cual, concluido su cuarto, se acostaba cuando le parecía, porque la cuestión de horas no tenía importancia en aquella claridad perpetua.

Con sus matas de lentisco,
¡Juan Francisco!
¡Juan Francisco!

Sin dejar su monotoma cantinela de *Juan Francisco*, los dos amigos miraban atentamente en el fondo del horizonte gris, un punto apenas perceptible; un penachito de humo de un tono algo más obscuro que el del cielo.

Su vista, ejercitada en sondear las profundidades, no tardó en discernir lo que era aquello.

—¡Un vapor á la vista!

—Tengo idea—dijo el patrón después de mirar á su vez atentamente—de que es un crucero de guerra que viene á hacer su visita á nuestra flota.

El vago penachito de humo traía á los pescadores noticias de Francia; entre otras, cierta carta de una abuelita, escrita por la mano de una bella joven que no habrán olvidado nuestros lectores.

El buque, en tanto, seguía acercándose; bien pronto se divisó distintamente su casco negro, y se vió que en efecto era el crucero que daba una vuelta por los fiords del Oeste.

Al mismo tiempo levantóse una ligera brisa que empezaba á rizar las aguas, muertas hasta entonces, trazando sobre el luciente espejo dibujos de un verde azulado que se extendían como abanicos ó se ramificaban en forma de madréporas; algo como un signo de que se acercaba el fin de la laxitud inmensa de la atmósfera. El cielo, desembarazado de su crepón de nubes, ostentaba ahora tintas más claras. El tiempo experimentaba un cambio rápido, pero que parecía deber ser poco agradable.

Así que divisaron el crucero, de todos los puntos del mar empezaron á llegar barcos pescadores que hacían estación en aquellos parajes; barcos bretones, normandos, boloneses ó dunquerqueños. De todos los rincones del horizonte salían velas que iban á reunirse al crucero aprovechando la brisa.

El buque de guerra, que se había parado sobre su máquina, no tardó en hallarse rodeado de barcos pescadores. De cada uno de éstos velase salir la lan-cha, llevando á bordo del crucero á hombres rudos, de lenguas barbas, ataviados de una manera salvaje.

A todos ellos se les ocurría algo que pedir á los tripulantes del crucero: unos querían medicinas, otros necesitaban algún suplemento de víveres; muchos reclamaban utensilios para practicar una pequeña reparación; los más, preguntaban si había cartas para sus barcos respectivos.

No faltaban, en efecto, cartas para los islandeses. Había, entre otras muchas, dos para la *María*: la una para *Juana Gaos* y la otra para *Silvestre Moan*,

esta última, venida por la vía de Dinamarca á Reickavick, donde la había recogido el crucero. El contramaestre iba distribuyendo las cartas, que sacaba de una balija de lona, no sin que le costara bastante trabajo leer los sobres, generalmente escritos por manos nada hábiles en la caligrafía.

El comandante gritaba sobre el puente:

—¡Vivo, acabar pronto que baja el barómetro!

Juan y Silvestre, sentados en un rincón del puente de la *María*, leían sus cartas al resplandor del sol de media noche, que les enviaba desde lo alto del horizonte su luz de astro muerto.

En la carta recibida por Juan, halló Silvestre noticias de su prometida, *María Gaos*, así como en la destinada á Silvestre leyó Juan las historias graciosas relatadas en ella por la vieja abuela Moan, que no tenía igual en lo de distraer á los ausentes, sin que se le pasara por alto la última línea, que decía: "Expresiones de mi parte al chico de Gaos."

Luego de leídas las cartas, Silvestre enseñaba tímidamente la suya á su amigote, encomiándole lo elegante de la letra:

—Mira, mira que escritura tan bonita, ¿es verdad, Juan? Pero Juan, que sabía divinamente de quién era aquella letra tan bonita, volvió la cabeza encogiéndose de hombros, como dando á entender que ya empezaban á aburrirle las constantes alusiones de Silvestre á la bella *Margarita Mével*.

Viendo aquel ademán, el buen muchacho dobló cuidadosamente su carta y la guardó en el bolsillo de su camiseta, diciendo para sus adentros:

—Decididamente, nunca se casará con ella. Pero ¿qué diablos de prevención ha tomado éste contra Gaud?

Ambos permanecieron una porción de tiempo abismados en sus reflexiones, pensando en el país, en los ausentes, en mil cosas.....

El eterno sol de aquellas regiones, que había tocado un poco las aguas con su disco, volvió á elevarse lentamente.

Era la mañana.....



VII

También el sol de Islandia había cambiado de color y de aspecto, y abría el nuevo día con un amanecer siniestro.

Hacía demasiado buen tiempo de algunos días á aquella parte, y claro era que semejante estado de la atmósfera no podía durar siempre. El viento soplabá sobre aquel conculábulo de naves como si experimentase la necesidad de dispersarlas. En efecto, comenzaban á desparramarse por el mar como un ejército en derrota sólo ante aquella amenaza escrita en los aires.

El viento arreciaba por momentos, haciendo estremecer á hombres y barcos. Las olas, pequeñas todavía, empezaban á correr las unas tras las otras, á agruparse, á cubrirse en sus crestas de espuma blanca, con un rumor de hervidero continuo. No se pensaba ya en la pesca, sino en la maniobra. Cada barco, por su parte, se apresuraba á escapar; unos, tratando de llegar á tiempo para buscar abrigo en los fiords; otros preferían remontar la punta Sud de Islandia, encontrando más seguro para ellos tonar el largo y tener delante el espacio libre, para huir viento en popa. Todavía se divisaban los unos á los otros; por doquiera surgían velas de la cima de las olas, como otras tantas cosas débiles, fatigadas, fugitivas, pero sosteniéndose sin embargo, á la manera de esos monigotes con que juegan los niños, y que se tumban al mejor soplo, pero que siempre se vuelven á poner derechos por sí solos.

El crucero había marchado en busca de los abrigos de la costa de Islandia, dejando solos á los barcos pescadores sobre aquel mar alborotado, que á cada momento tomaba peor aspecto. Las distancias ibanse aumentando entre ellos, y pronto debían perderse de vista.

Algunas horas habían bastado para trastornarlo todo en aquella región poco antes tan tranquila; al silencio de antes oponía ahora la Naturaleza un espantoso ruido. ¿A qué semejante agitación, inútil, inconsciente, sobrevenida con tal rapidez? ¡Qué misterio de ciega destrucción!

Las nubes acababan de desplegarse en el aire, viniendo siempre del Oeste, apresuradas, invasoras, oscureciéndolo todo. Sólo algunos desgarramientos del toldo gris dejaban entrever todavía algún rayo de sol, y el mar, de color verdoso, se esmaltaba más y más de espumas plateadas.

Al mediodía, la *María* había concluido de tomar sus disposiciones de mal tiempo, cerrando sus escotillas y cargando sus velas mayores. Elevándose flexible y ligera sobre las olas, tenía un aspecto jugetón, como los grandes pescados a quienes divierten las tempestades. "Hula delante del tiempo," como dicen los marinos, sin más vela desplegada que la mesana.

También el tiempo hula delante de no sabemos qué cosa misteriosa y terrible. El viento, el mar, la *María*, las nubes, todo parecía dominado por el mismo pánico y el mismo afán de fuga velocísima. El viento sobre todo. Luego, las masas de olas, más pesadas, más lentas, corriendo tras de él; después, la *María* arrastrada en el movimiento de todas las cosas. Las olas la perseguían con sus crestas lividas que rodaban en una caída perpetua: ella, siempre alcanzada, rezagada siempre, conseguía escaparles por medio de una hábil estela que dejaba por la popa; y de un remolino en que se quebrantaba su furor.

Aquello no cesaba; antes bien iba siempre en aumento, y las olas se sucedían unas á otras en largas cadenas de montañas, interrumpidas por sombríos valles. Era un tiempo bien duro, que reclamaba toda la vigilancia de los tripulantes de la *María*.

Juan y Silvestre estaban á la barra del timón, atados por la cintura para no ser arrebatados por una ola. Todavía seguían cantando el *Juan Franciscó*, á voz en grito, contrariados de no poder oírse á sí mismos á causa del formidable ruido de los elementos.

—¡Ah de los muchachos!—gritó el partrón Germeur, pasando su cara barbuda á través de la boca de escotilla.—¿Huele ahí á moho?

No oía, por cierto, á moho sobre la cubierta, barrida á cada instante por las olas.

Los dos timoneles contemplaban aquel espectáculo, sin miedo, como gentes que tienen confianza en su vigor propio y en la solidez de su barco, no menos que en la poderosa protección de la Virgen de barro pintado que, en treinta años de viajes á Islandia, había asistido á las luchas de la *María* con el mar, siempre risueña entre sus ramos de flores contrahechas....

*Subido encima de un risco,
¡Juan Franciscó!
¡Juan Franciscó!*

Y sin dejar su monótona canción, Juan y Silvestre trataban de mantenerse bien asidos á la barra, revestidos con sus trajes de tela embreada, que eran duros y relucientes como la piel de los tiburones.

A cada masa de agua que caía sobre ellos, los dos compañeros se miraban, sonriéndose á la idea de que iban teniendo las barbas en salmuera como sus bacalao.

Continuará

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

Agua.—"Los Sobrinos del Capitán Grant."—Las Barras.—Remedio para los abusos.

Al fin, compadecidas las nubes de nosotros, se han decidido á enviarnos de vez en cuando un buche de agua, no sé si con el propósito de recordarnos que existe aquel apreciadísimo elemento y hacernos luego más insoportable su falta, ó con el de calmar un tanto nuestra sed. No, no podían manifestarse las nubes tan sin entrañas para con nosotros, cuando las tienen tales que se engendra el rayo en ellas;

pero al mismo tiempo bien pudiera ser que estuvieran de acuerdo en algún plan para convencernos de que el protóxido de hidrógeno es

absolutamente necesario á nuestra existencia, y de que debemos hacer toda especie de sacrificios para que no nos falte. No sé si existirá el cohecho en las errabundas señoras de la atmósfera; pero todo el mundo dice que el dinero está por las nubes, y esto dá en qué pensar. Sea de ello lo que fuere, la verdad es que debemos estarles agradecidos, porque algo al fin nos llega de por allá arriba; y que nadie debe quejarse, porque cuando llueve es para todos.

Esto de que llueva para todos, verdad palmaria, no es de conveniencia universal, aunque parezca lo contrario, y voy á probarlo con un cuento.

Cuando se veneraba en la iglesia de San Pablo la imagen de la *Copacabana*, Caracas tenía el recurso de acudir á ella en solicitud de agua, si ésta faltaba, y dícese que nunca se hicieron á la imagen representaciones populares en este sentido y en forma de rogativas, sin que á luego se abrieran las cataratas del cielo sobre la sedienta población. Parece que prolongándose en cierta ocasión más de lo necesario el verano, y no habiendo aún tenido efecto la indispensable rogativa, un agricultor impaciente y temeroso de que se perdiesen sus cosechas, colocó en el altar de la *Copacabana* dos bugías encendidas, acompañándolas de la correspondiente oración para que la imagen hiciese que lloviera sin tardanza. Observaba de cerca á nuestro hombre otro que, no bien se hubo retirado el primero, acercóse al altar, apogó las bugías y guardóselas con visibles muestras de mal humor.

—No faltaba más, dijo, sino que lloviera ahora que tengo en el patio de la tejería quinientas panelas y mil tejas crudas!

Los *Sobrinos del Capitán Grant*, no han tenido ahora el éxito que alcanzaron en su estreno ante nuestro público, no obstante la parte que ahora toman en su ejecución artistas de indispensable mérito como la señora Rupnik, Roncoroni y Lucio Delgado. La mayor parte de los cronistas de teatro atribuye á mal reparto de los papeles el poco éxito de la zarzuela mencionada. No estoy en esto de acuerdo con ellos. Lo que ahora es deficiente, á mi entender, es la *mise en scene*, á lo que se agrega que la escena satírica del fusilamiento, para mí la culminante de la pieza, no tiene ahora tan feliz interpretación como cuando desempeñaba Miguel Delgado la parte del comandante. Este artista había residido largos años en diferentes pueblos de nuestra América y sabía aplicar el fruto de su observación á la escena de que hablo, dándole todo el color local de que carece ahora. Además, lo largo de la obra y el deseo de concluir temprano, causan ese desbarajuste con que toca la orquesta y recitan los artistas, sacrificando así á la brevedad de la ejecución las bellezas de la música y los innumerables chistes del libreto.

Consecuente con el espíritu de este periódico, extraño absolutamente á la política, como que no tiene la empresa con la publicación de *EL COJO ILUSTRADO* á otra cosa que á fomentar entre nosotros el cultivo de las bellas artes y letras, al mejoramiento de nuestras costumbres, etc., nada diré de los debates de la Asamblea Constituyente, asunto de que se apodera, como es natural, la prensa política, por la cual estarán siempre informados mis lectores de cuanto ocurre á este respecto; pero no puedo menos de tocar, siquiera sea á la ligera, con motivo de la mencionada Asamblea, un asunto que corresponde exclusivamente á las costumbres, y en cuya consideración se comete por muchos lamentable error que nos toca desvanecer á los que vivimos fuera del terreno candente de la política y podemos emitir serenamente nuestro juicio. El delicado asunto á que aludimos es la parte que toman las barras, con sus aplausos y censuras, en los debates de la Cámara.

El amor á la libertad debe probarse antes respetando la ajena que ejerciendo la propia, y débese tener siempre presente aquello de que el derecho de cada uno termina donde empieza el del vecino. Si los delegados del pueblo tienen derecho á emitir libremente sus opiniones en la Cámara, precisamente por el hecho de ser representantes del pueblo libre, es éste el obligado en primer término á respetar aquel derecho, so pena de ejercer actos contrarios á su propia libertad. Es indudable que las barras con sus manifestaciones directas de aprobación ó censura ejercen coacción en el ánimo de los delegados del pueblo y por consiguiente obran en contra de sus propios derechos. Esto aparte de que todo pueblo culto no debe desconocer que la censura ejercida colectivamente y de un modo directo, hace, por la naturaleza de sus manifestaciones, objeto de irritación al censurado, y es, en consecuencia, ofensa del decoro personal, ultraje de la dignidad humana, tan respetable hasta en las personas más abyectas.

Para aprobar ó censurar los hechos de sus delegados, tiene el pueblo el medio indirecto de la prensa, de la cual ha de hacerse uso con toda la libertad contenida dentro de los límites de la cultura que impone respeto para la sociedad, para la honra privada, para todo aquello que está obligado á respetar el que quiera sentirse respetable.

Volvamos la vista á los pueblos que queremos imitar porque nos seduce su cultura: ¿en cuál vemos el hecho que me hace escribir estos renglones?

Seamos cultos y habremos avanzado mucho en el camino de la libertad.

Ya que hablo de derechos, no quiero dejar que pase en blanco la ocasión de decir algunas palabras sobre ciertas invasiones en el campo del derecho ajeno ó abusos que presenciamos diariamente, si no somos víctimas de ellos, y para soportar los cuales se necesita que corra agua de malvas y no sangre por las venas del paciente. Ya que lo último no es posible, aconsejo á todo el que por educación ó temperamento se sienta mal cuando alguien abusa de su paciencia, de su cultura ó de la ventaja que hace á la buena crianza la mala, tan común entre nosotros, adopte un sistema, de mi amigo H***, invención que, si no produce todos los resultados que son de desearse, por lo menos algo atenua el mal efecto que en nuestros nervios causan las flaquezas de nuestros prójimos.

—Consiste mi sistema—me decía H*** en días pasados, en salir de casa provisto de un litro de bromuro para menudear los tragos según menudeen las impertinencias. Me dirás que así se acorta la vida, pero si se piensa en que ya es ella corta de por sí y en que más la acortan los disgustos, convendrás conmigo en que el bromuro es excelente elixir para conservar la vida y cumplir una de las obras demisericordia.

Voy á esplanarte mi sistema poniendo como ejemplo un día de esos en que se me agota el litro de bromuro.

Figúrate, pues, que salgo de casa y me dirijo al Banco de Venezuela, á donde llevo sin haber destapado el litro, y encuentro felizmente sólo el ventanillo del pagador, muchacho muy complaciente por cierto; y no bien he sacado de la faldriquera los billetes que voy á cambiar, cuando se presenta un dandy de corbata roja, que va á hacer lo mismo que yo, y se me pone á un lado, me arrima un codazo y mete la mano por el ventanillo diciendo: "Cámbieme estos mil bolígrafos!" El pagador lo oye, como quien oye llover, sigue contando el dinero que ha de entregarme, y yo me tomo el primer trago de bromuro. En esto entra un cobrador del comercio con un cheque en la mano, se coloca detrás de nosotros, se nos pega que ni cosido, nos aprieta contra el antepecho, tratando de abrirse campo entre el dandy y yo, y como no cedemos, mete la mano por delante de mis narices gritando: "Julio, págame este cheque" Aquí me tomo el segundo trago de bromuro, con no poco asombro de mis verdugos, quienes creen que es brandy. Al fin salgo con el hongo machucado y el cuello hecho una lástima, porque mientras hacía la verificación de la cuenta, llegaron tres individuos más y se me echaron encima con riesgo de que me rompieran el litro y el bautismo.

En la puerta me tomo el tercer trago de bromuro, y me encamino á la estación del tranvía. Llego y me pongo á esperar el carro que ha de llevarme á Candelaria; y pasan diez minutos y el vehículo no llega; y yo le hago al litro tres saludos; y lleven ustedes la cuenta de que son seis tragos. Llegó el carro y subo y tras..... me cae en la cabeza una cosa pesada que me hace ver las estrellas: un bucho que el pasajero vecino colgó del techo del carro para ir con más comodidad. Trago doble, y adelante.

El conductor me presenta el billete, que por cierto tiene la huella de un tacón, prueba de que antes había servido para cobrarle á otro. Esto en todo rigor merecía un trago, pero yo soy sobrio con el bromuro y no hago caso. Además, ese trago le corresponde á la empresa del tranvía. Más adelante empino el litro porque el cochero me suelta un terno en la oreja, y otra vez porque entra una mujer con una cesta de legumbres que pone debajo del asiento y me ensucia los pantalones; y otra porque un individuo se tira del carro á la acera cerca de un poste del teléfono y se rompe la crisma.

El hecho es que cuando regreso á almorzar el litro no contiene más de la mitad del líquido. La otra mitad me la tomo luego entre la taquilla del teatro, donde se repite corregida y aumentada la escena del Banco; la Asamblea de una Compañía Anónima donde no suelta la palabra un ignorante charlatán y todo el mundo apoya; la corrección de una prueba de imprenta y la lectura de una novela de Tolstoy, sobre la que rompo la botella, por no poder hacerlo sobre el autor.

NOTAS MUSICALES

A cortés invitación debimos la honra de asistir en la semana última á la audición musical de unas *Letanías á la Virgen*, compuestas por la talentosa aficionada señora ISABEL PACHANO DE MAURI.

Al mismo tiempo que oíamos con atención y entusiasmo la obra de la bella é inteligente compatriota, razonábamos íntimamente acerca del gran número de artistas instintivos que posee nuestra patria, y el poco ó ningún caso que de ellos hace la mayoría del público, más dado á toda suerte de fútiles pasatiempos, que á seguir y observar con detenimiento los progresos de los diversos ramos del Arte. Y no haya de creerse que nos dolemos de la inexistencia de protección material, ya sea por parte del Gobierno ó de los particulares, sino es que nos amarga el espíritu observar que, con raras excepciones, carecen los aficionados y artistas aun de la protección moral que en todas partes gozan, y que se traduce en el aplauso, moneda que tan poco cuesta y que estimula tanto.

Y más que en cualquiera otra esfera del arte, nótese tal incuria en lo que á la música atañe. A qué se deba esto no lo sabemos de fijo, aunque atribuirlo podríamos á la peculiar condición musical de la mayor parte de nuestro público que, si bien al oír música, con ello goza, no llega á darse cuenta, por causa de ignorancia, de la cantidad y calidad de las bellezas musicales de una composición, ó del mayor ó menor mérito del aficionado ó artista que interpreta una obra ó la compone.

Tal por ejemplo en las *Letanías á la Virgen* de la señora PACHANO DE MAURI, á quien hemos de aplaudir hoy con empeño y gusto, y en quien reconocemos una naturaleza artística instintiva de primer orden. Las bases que tenemos para calificarla así, son las siguientes:

1.ª La señora PACHANO DE MAURI, si bien es cierto que como pianista muy notable ha de haber observado en su práctica la construcción exterior, si así cabe decirse, de la música de piano, no creemos que haya hecho los estudios de armonía y composición que se requieren para crear estrofas musicales tan delicadas, como son las que contienen sus *Letanías á la Virgen*.

2.ª La música para piano es en general brillante y de vivos movimientos, como lo requiere la condición misma del instrumento; la religiosa, por el contrario, se inclina más á lo patético, y en sus ritmos debe dominar lógicamente el aire lento y acompasado, y el empleo casi constante de intervalos de corta extensión que dan carácter á lo profundo y majestuoso.

¿Cómo, pues, la autora de las *Letanías*, ha llegado á escribir su obra? Solamente á fuerza de ingenio nativo, de propensión natural á asimilarse cuanto oye, y á penetrar en los más recónditos misterios de la música y aun de música tan difícil como lo es la litúrgica.

El triunfo alcanzado por la señora DE MAURI merece bien del arte; y grato deber es el nuestro de aplaudir á la inteligente compositora, y alentarla pronosticándole que sus futuros esfuerzos le darán de cierto seguro premio de gloriosa fama.

**

Nuestro querido amigo el reputado profesor de piano señor Jesús María Suárez, nos pidió hace días unos renglones apreciativos de los méritos que á nuestro juicio adornaban al *Capricho Popular* que acaba de componer el aplaudido pianista señor SALVADOR N. LLAMOZAS. El amigo Suárez honró dichos renglones incluyéndolos en la interesante crónica *Teatros y artistas*, de que es redactor en *El Tiempo*. La reproducimos en seguida como ínfimo obsequio al amigo LLAMOZAS, agregando que acabamos de recibir de la ciudad de Coro una nueva y preciosa composición del mismo amigo, publicada por la Sociedad *Armonía* de aquella capital. Es un *Valse de Salón*, muy original y con temas que se harán pronto populares. Nuevo motivo, pues, de felicitar al inagotable autor por su nueva producción.

"El Parnaso musical venezolano acaba de enriquecerse con una preciosa joya, obra del inspirado pianista y compositor Salvador N. Llamozas. Lleva por título *Capricho Popular*, y es un primoroso arreglo de un aire nacional cumanés.

"El *Capricho Popular* posee la brillantez y gracia del ritmo indígena, y además condiciones polifónicas que le darán vida perdurable en los programas de nuestros aficionados y artistas: es, en una palabra, pieza musical de éxito seguro para el pianista.

"Pero no sólo por las excelencias de su último trabajo es que merece aplauso el compositor; sino que siempre hemos de felicitarlo por la tendencia que en él observamos, de explotar, haciéndolo conocer, el rico venero de nuestra música vernacular, tan descuidada por los demás autores nuestros, que se ocupan, más de fabricar imitaciones de música extranjera, que de trabajar con el oro de buena ley de la inspiración nacional.

"El señor Llamozas debía persistir con más ahínco en este camino, y tratar con su competencia y talentos, de fijar para siempre en transcripciones y arreglos como el del *Capricho Popular*, las formas melódicas de carácter tan original que posee nuestra música, y que andan por ahí dispersas y sin concierto, en manos de guitarristas y gaiteros. Haría en esto obra noble y aseguraría para su nombre, fama imperecedera. Y no le excitamos á nada imposible, pues quien como él, puede lucir en su carrera de artista, prendas de tanta valía como su celebrado *Nocturno Tropical* y su *Capricho Popular*, posee ya condiciones de experiencia y maestría que le harán el camino fácil y son promesa de triunfo seguro y merecido.

"Para nosotros ha sido sorpresa por demás agradable, la publicación del trabajo de que damos cuenta hoy; y si el amigo es acreedor á que le estrechemos la mano en són de íntima complacencia, el artista es también digno de que el crítico le bata palmas, y se incline entusiasmado ante su inteligencia y saber.

"Réstanos recomendar al público, con efusión, el *Capricho Popular*.

M. R."

Caracas: 27 de mayo de 1893.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Presente.

Muy señor mío y amigo:

Permítame usted que le felicite muy cordialmente por la feliz idea que usted ha tenido de reproducir, en el último número de "El Suplemento," la ingeniosa y humorística composición del señor Ermelindo Rivodó, titulada: "Causa célebre de una máquina de vapor."

El aplauso general con que fué recibida esta producción de nuestro talentoso amigo, en el momento de su primera publicación, demuestra su mérito incuestionable. Para juzgar mejor de él, es preciso haber conocido á los dos

principales protagonistas de la historia. Al leer la defensa de Mr. Lemoin y la interpretación de Mr. Moreau, creería uno estar oyendo hablar á aquellos dos caballeros, que vivieron tantos años entre nosotros, sin poder abandonar jamás, no decimos su acento francés, pero ni los giros y las locuciones francesas; y que á todas manos, interpolaban palabras de su lengua nativa.

En nuestro humilde concepto, el trabajo del señor Rivodó es una obra maestra, y tiene muy bien merecido el honor de una reproducción en su importante periódico. Ella nos hace recordar otro trabajo por el estilo, aunque no de tanto esfuerzo, que vimos publicado en un periódico español, si bien no recordamos ni el nombre de dicho periódico, ni el del autor de la composición, que nos permitimos acompañarle por si usted tuviere á bien publicarla.

De usted muy atento servidor y amigo,

R. Villavicencio.

*Carta que en pleno verano,
Escribe un sietemesino;
Que no sabe el castellano
Y habla el francés como un chino.*

Mon cher ami, Nicolas,
Ye suis arrivé Biarritz;
E ye me divierto ici
Lo que tu no sabes pas.

¡Oh! la mer, la mer, mon cher;
Haciendo de fors en tur,
Me baño trua fua par yur:
Ye ne viv sin la mer.

Me mont sobre un peñasq:
Ocup bafiero m arret;
E ye me tir de tet,
Y doy á la gente un chasq.

C'e-tune satisfacción.
No tengo temor ocun.
Ye nad com en atun,
C'e-t-a dir, com en puasón.

Aquí se truv oyurduf
Tu le mond plus elegant.
C'e-tune chos charmant
Paser le verano icf.

Ye m hosped en un hotel
Donde hay bocú de confor.
¡Qué bien mueblé, qué primor!
Yamé le he visto como él.

¡Oh, mon ami! ¡Quel servil!
Trua garson tengo pur mua;
E parl francé le trua.
Anfen, c'e-tune delis.

Rien hay ca manger me bast.
¡Oh, mon Die! que sa me dur.
Voy á paseo en vuatur,
Y bebo champafi á past.

Será tro caro, dirás.
Uf, tro caro, lo sé bien;
Me com no tengo rien
No pienso pagarle pas.

Non duda de mí, personn
Tu le mond me considera.
Y e' d' un efé de primera
La pist que ye me donn.

Hier suar dan le Casinó
Dí en cup de sabr á en mosié,
Le disan que era nevé
De Cánovas del cható.

Y un español qui e cesant,
Constitucional, pe tetr,
Me pidió al punto une letr
Pur mon oncl el presidant.

Par mua se par le bel.
Hago icf le gran papí;
Y soy el anfan mimé
De tut le demuasel.

Desde icf y-e confians
D' arrivé yusc-a París.
¡Oh, mon ami, quel peis!
¡Quel gran peis c-e la Frans.

De dinero y-e besuan,
Pues no tengo ni un santim.
¿Es un temor legitim?
¿Quién dijo miedo? An avan.

Ye truveré qui me pag.
Puatrin á-l-ó, y vijaré.
O revuar, y san sadié,
Tuyur ton ami.

SANTIAG.

AUSENCIA

Por J. M. Suárez Op. 6

[illegible]

The musical score consists of six systems of staves, each with a treble and bass clef. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.

System 1: The first staff has a 6-measure rest in the treble and a 6-measure rest in the bass. The second staff has a 6-measure rest in the treble and a 6-measure rest in the bass. The third staff has a 6-measure rest in the treble and a 6-measure rest in the bass. The fourth staff has a 6-measure rest in the treble and a 6-measure rest in the bass. The fifth staff has a 6-measure rest in the treble and a 6-measure rest in the bass. The sixth staff has a 6-measure rest in the treble and a 6-measure rest in the bass. The instruction *con abbandono.* is written above the first staff.

System 2: The first staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The second staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The third staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fourth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fifth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The sixth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The instruction *una corda* is written above the first staff.

System 3: The first staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The second staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The third staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fourth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fifth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The sixth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The instruction *tre corde* is written above the first staff.

System 4: The first staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The second staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The third staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fourth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fifth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The sixth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The instruction *cresc* is written above the first staff.

System 5: The first staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The second staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The third staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fourth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fifth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The sixth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The instruction *ff* is written above the first staff.

System 6: The first staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The second staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The third staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fourth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The fifth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The sixth staff has a 2-measure rest in the treble and a 2-measure rest in the bass. The instruction *rall.* is written above the first staff.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

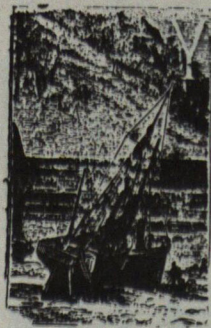
Continuación

Pero á la larga, tanto resistir aquel furor de los elementos, que no se apaciguaba nunca, que siempre tenía el mismo grado de paroxismo exasperado, se les hacía extremadamente fatigoso. La cólera de los hombres y de las bestias se calma y desaparece pronto; pero la de las cosas inertes, sin causa y sin objeto, es inacabable.

(Juan Francisco / Juan Francisco)

Todavía no abandonaban la vieja cople, que salía ahora de sus labios, cárdenos por el frío, como una cosa afónica, murmurada de vez en cuando inconscientemente. El exceso de movimiento y de ruido les había puesto como ebrios: fuertemente agarrados á la barra, como atornillados á ella, hacían con sus manos crispadas y lívidas los esfuerzos que exigía el gobernarle, casi sin pensar en ello, por simple hábito de los músculos. Ya no se veían; solamente tenían la conciencia de que estaban el uno junto al otro. En los instantes de más peligro, cada vez que detrás de la popa se erguía una nueva montaña de agua, ruidosa, amenazadora, atropellando su barco con un gran rumor sordo, una de sus manos se agitaba haciendo involuntariamente la señal de la cruz.

No se acordaban ya de nada; ni de Gaud, ni de mujer ni matrimonio alguno. Ya no eran más que dos pilares de carne rígida que sostenían la barra de un timón; dos animales vigorosos que se sujetaban allí, por instinto, para no morir.



VIII

Estamos en Bratania, á mediados del mes de setiembre.

Margarita, completamente sola, caminaba por la landa de Poubazlenec, en la dirección de Pors-Even.

Hacia más de un mes que los barcos de la pesca en Islandia habían regresado á sus puertos respectivos, á excepción de dos que perecieron en la tempestad que también puso en peligro á la *María*. Esta se contaba entre los que habían escapado á sus furoros, y Juan, con sus demás compañeros, descansaba tranquilamente de las fatigas de su expedición.

Gaud—puesto que por este nombre era conocida en el país—se sentía muy turbada á la idea de que iba á casa de Juan, á quien sólo había visto una vez desde su vuelta de Islandia, con motivo de la partida de Silvestre para el servicio de la marina. Todos, parientes y amigos, habían acompañado al quinto hasta dejarlo en la diligencia: él, llorando un poco; la vieja abuela Moan, llorando mucho. Juan figuraba entre los circunstantes; pero como había muchas otras familias que iban con igual objeto, ni él pareció fijarse en Gaud, ni ella encontró medio de hablarle.

He aquí por qué tomó al fin la gran resolución de ir en persona á casa de Gaos, aprovechando un pretexto oportuno que la casualidad le deparara.

Su padre había tenido hacía tiempo, algunos intereses comunes con el de Juan: uno de esos negocios complicados que entre pescadores, como entre campesinos, no se acaban nunca, y como consecuencia del cual, le estaba adeudando unos cien francos.

—Deberíais—había dicho Margarita á su padre—dejarle llevar ese dinero á Pors-Even; en primer lugar, me alegraría de ver á María Gaos, y además, ese largo paseo me serviría de distracción.

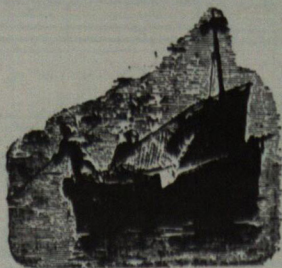
En el fondo, sentía una gran curiosidad por aquella familia de Gaos, en la que tal vez entraría ella un día, como lo experimentaba por la aldea y la casa que habitaban.

En una de las últimas conversaciones que tuvo con Silvestre antes de la partida de éste, el chico le había explicado á su manera la hurañez de su amigo.

Mira, Gaud—le decía—es que él es así; no quiere casarse con nadie, por que es un raro. No quiere de veras más que al mar; hasta recuerdo que una vez nos dijo por broma que quería casarse con las olas.

Tales explicaciones influían en que ella le perdona su brusquedad, y evocando en su memoria el recuerdo de las amables atenciones que Juan le guardó la noche del baile, volvía á su corazón la esperanza.

Si por feliz coincidencia le encontraba en su casa, nada pensaba decirle, seguramente: no tenía la intención de mostrarse tan atrevida; pero tal vez él, al verla tan de cerca, se decidiera á hablar.....



IX

Hacia una hora que marchaba apresuradamente, respirando la saludable brisa del mar.

De trecho en trecho atraviesa una de esas pequeñas aldeas de marinos, perennemente combatidas por el viento y que toman á fuerza de años el color de las rocas que les sirven de asiento. En una de ellas, en que el sendero se estrechaba bruscamente entre paredes sombrías y techos pajizos, puntiagudos como chozas célticas, la hizo sonreír la muestra de una taberna, en la que habían pintarrajeado dos chinos, vestidos de verde y rosa, con sus sendas trenzas colgando, y bebiendo sidra. Debajo se leía este letrero:

A la sidra de China.

Sin duda una fantasía de algún marinero que había visitado los puertos del Celeste Imperio.

Todo lo iba mirando al paso. Las gentes á quienes preocupa mucho el objeto de su viaje, se entretienen más que las otras con mil detalles del camino.

Después de la pequeña aldea, á medida que Gaud avanzaba sobre aquel último promontorio de la tierra bretona, iba viendo menos árboles, y el campo cobraba un aspecto más triste. El terreno era accidentado, roquizado, y desde todas las alturas se divisaba el mar.

Un poco más allá, los árboles faltaban por completo; no había más que la landa, pintada á trechos por el verde de los juncos, y aquí y allí los divinos crucifijos elevados por la piedad de los pescadores, recortando sobre el cielo el contorno de sus grandes brazos en cruz, que daban á aquel trozo de comarca el aspecto de un inmenso patíbulo.

Al llegar á una encrucijada, guardada por uno de aquellos Cristos enormes, vacilaba entre dos senderos que se deslizaban entre vallados de espinas, cuando apareció una niña que le dirigió este saludo: —¡Buenos días, señorita Gaud!

Era precisamente una hermana de Juan Gaos. Después de haberla besado, Margarita le preguntó si sus padres estaban en casa.

—Papá y mamá, si están—contestó la niña.—Mi hermano Juan es el que no está, porque ha ido á Loguivy; pero no debe tardar mucho.

—¿No estaba en casa! Continuaba aquella especie de conjuro que los alejaba al uno del otro, siempre y en todas partes.

De buena gana hubiera diferido su visita para otra ocasión; pero aquella niña que la había visto, hablaría de seguro, y ¿qué comentarios harían en Pors-Even? Esta reflexión la decidió á proseguir su camino, aunque con toda la lentitud posible, para dar tiempo á que Juan regresara.

A medida que se aproximaba á la aldea en que habitaba la familia Gaos, el aspecto del terreno era más rudo y desolado. El gran aire del mar, que hacía á los hombres más fuertes, también hacía á las

plantas más bajas, más cortas, más aplastadas contra el duro suelo.

Gaud solía encontrarse en el camino con algunos transeúntes, gentes de mar, á quienes se divisaba desde larga distancia en aquel terreno llano, destacándose sobre la línea alta y lejana de las aguas. Pilotos ó pescadores, todos parecían estar siempre vigilando los lejos, velando sobre el largo. Al pasar, le daban los buenos días.

¿Qué haría Juan Gaos en Loguivy? Tal vez cortejaba á las muchachas.....

¡Ah! si Margarita hubiera sabido cuán poco le preocupaban á él las muchachas! No; no tenían los devaneos parte alguna en la excursión de Juan á Loguivy: era sencillamente que había ido á encargar unas *nasas* de las que se usan en Bretaña para pescar la langosta. Ningún pensamiento amoroso ocupaba su imaginación en aquel momento.

Caminando siempre en la dirección de Pors-Even, llegó á una capillita muy pequeña y muy vieja, á la que formaban como una corona algunos árboles, grises y viejos como ella, y cuyas ramas estaban todas inclinadas hacia el mismo lado, como doblegadas por el impulso de una mano invisible.

Aquella mano era la misma que sumergía las barcas de pescadores; la mano eterna de los vientos del Oeste.

Gaud tocaba ya al término de su viaje, puesto que la capilla era la que servía de iglesia á Pors-Even, y decidió entrar en ella, con objeto de tardar un poco más.

Un pequeño muro, medio derruido por los años, formaba en torno de la capilla un cercado, encerrando varias cruces. Todo aquello tenía el mismo tono gris sombrío; la capilla, los árboles y las tumbas: el sitio entero parecía uniformemente empañado, roído por el viento del mar. Un mismo liquen plumizo, con manchas de un amarillo pálido de azufre, cubría las piedras, las nudosas ramas, los santos de granito encerrados en las hornacinas del muro.

Sobre una de las cruces de madera se leía este nombre, escrito en gruesas letras blancas: *Gaos (José), ochenta años.*

Margarita había oído hablar alguna vez de aquel Gaos, el abuelo de Juan, viejo marinero á quien el mar había desdenado. Sin duda alguna, varios antepasados y parientes de Juan debían dormir el sueño eterno en aquel recinto: era una cosa natural, que no tenía para qué haberla sorprendido, y sin embargo, aquel nombre, leído sobre una sepultura, le causó una impresión penosa.

Con el objeto de entretenerse algún tiempo más, entró á rezar una oración bajo el antiguo pórtico, pequeño, carcomido, embadurnado con cal blanca. Pero una vez allí volvió á detenerse, sintiéndose de nuevo el corazón oprimido. ¡Gaos! ¡aun seguía persiguiéndola aquel nombre, que ahora veía grabado sobre una de esas lápidas funerarias que se colocan en los muros de los templos, para conservar el recuerdo de los que han perecido en alta mar.

La inscripción de la lápida decía de este modo

*A la memoria de
GAOS (JUAN LUIS),*

*de edad de 24 años, marinero á bordo de
la "Margarita" desaparecido en
Islandia, el 3 de Agosto de 1877
¡Descanse en paz!*

¡La Islandia, siempre la Islandia! Todo el muro, á la entrada de la capilla, estaba lleno de lápidas, con nombres de marinos muertos en naufragios; un panteón de los naufragos de Pors-Even. Es cierto que en la iglesia de Paimpol también había visto inscripciones análogas; pero en aquella capillita de la pobre aldea, la tumba vacía de los islandeses parecía más miserable, más desolada, más salvaje. Había á cada lado del pórtico un banco de granito donde se sentaban las madres y las viudas para llorar á sus anchas, y el todo formaba como una especie de gruta, baja de techo, guardada por la imagen de una Virgen groseramente tallada y pintada de rosa chillón.

Continuad

Valor de este Suplemento, un Bolívar.

Los suscritores á EL COJO ILUSTRADO tienen derecho á este Suplemento sin ningún recargo de suscripción.